

RICHARD
WIDMARK · BARRYMORE
y DEAN **STOCKWELL**

EDICIONES BISTAGNE
4
Plas.
SERIE TRIUNFO



EL DEMONIO DEL MAR

20th
CENTURY-FOX

EDICIONES DISTAGNE

EDICIONES DISTAGNE
CALLE DE LA PLAZA, 10
MADRID

EL DEMONIO DEL MAR

EL DEMONIO DEL MAR

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

EL DEMONIO DEL MAR

Emocionante asunto, de gran espectáculo

Argumento de
SY BARTLETT

Guión de
JOHN LEE MAHIN y SY BARTLETT

Productor
LOUIS D. LIGHTON

Director
HENRY HATHAWAY

Es un film
TWENTIETH CENTURY-FOX

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

PRINCIPALES INTERPRETES

RICHARD WIDMARK — LIONEL BARRYMORE
y DEAN STOCKWELL

con

Berry Kreeger · John McIntire · Ruth Donnelly · Henry Morgan
Harry Davenport y Connie Marshall

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Imp. Vda. J. Ferrer Coll — Valencia, 197 — Barcelona

El demonio del mar

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

LOS TRIPULANTES DEL "PRIDE"

Cuando el "Pride", tras un previo cañonazo, comenzó a entrar en el puerto de New Bedford, en el año 1887, Benjamín Harris, de la firma "Briggs y Harris, Cía. Armadores de Balleneros", se apartó del balcón y dijo a Briggs, su socio:

—Ya puedes descansar, Jason. No hay duda de que es él.

—Más vale que sea él —tronó el apoplético Briggs, levantándose de su sillón—, porque si no tendrá que volver a hacerse a la mar otra vez.

—Ten mucho cuidado, Jason —le advirtió el jovial Harris—, o habrás perdido la partida antes de repartir las cartas.

—¿De qué estás hablando?

—De ese mal genio tuyo, que ya estás preparando para lanzarlo sobre él. Se te habrá disparado toda la pólvora en salvas, antes de que haya conseguido tan siquiera atracar al muelle.

Briggs frunció el ceño, pero bajó el tono de su voz.

—Me quedará lo suficiente para su persona.

—Vamos, vamos; puede que el asunto no sea tan duro —simpatizó Harris, comprendiendo lo que sentía su socio—. Cuando un hombre llega a su edad y, además, un tanto estropeado, no me digas que continúa queriendo navegar. No necesitarás hacerle demasiada presión.

Briggs cogió su sombrero. Como temía lo contrario de lo barruntado por Harris, y su alma pendía de un hilo, su temor y su cólera se dispararon al mismo tiempo, y respondió con desdén:

—Sus deseos me tienen sin cuidado y tampoco me preocupa lo que pueda ser del muchacho. No me pasará otros cuatro años pensando constantemente si estará vivo o muerto, lejos de su tierra. Me alegro de que la compañía de seguros haya adoptado una postura tan enérgica.

Harris soltó una risita y replicó en el momento en que Harris se disponía a salir de la oficina:

—Jason, si tu capitán Joy ha recuperado la mitad de su salud, mucho me recelo que hará justamente lo que quiera, por mucho que tú y la compañía de seguros os opongáis a ello. De modo que lo mejor

será que bajes a recibirle. ¡Y acaba de una vez con esto!

Las oficinas de los armadores estaban a un centenar de metros del puerto, así que Briggs tardó exactamente un minuto y medio en subir al "Pride". Los marineros, ya vestidos para saltar a tierra, pulían la cubierta, dirigidos por Luke Sewell, el segundo oficial. Briggs elogió la limpieza del barco y añadió con cautela:

—¿Cómo se encuentra él, Luke?

—Pues sigue sin permitir que se abrigue la menor duda sobre quién es el amo del barco.

Jed Joy era un hermoso y fuerte chiquillo de unos doce años. Ante la puerta del camarote del capitán, estaba introduciendo sus efectos personales en un saco desmesurado, cuando un corpulento anciano, ancho de hombros, con barba, de facciones enérgicas, llegó hasta él caminando trabajosamente con la ayuda de unas muletas.

—¿Qué estás haciendo con esas cosas? — preguntó el anciano.

—Verás, abuelo; iba solamente a llevar...

—¿Qué es eso? — rugió el capitán Joy.

—Perdón, señor — respondió Jed, levantándose de un salto del suelo y cuadrándose.

—Compórtate de acuerdo con tu condición de aprendiz de camarero del capitán hasta que tus pies toquen ese muelle, no lo olvides — refunfuñó el capitán Joy.

—Sí, señor.

Mientras Jed acababa de llenar el saco, el anciano entró en su camarote y se sentó a su escritorio. Su duro semblante se contrajo en una sonrisa de ternura al mirar a su nieto. Los pantalones del chiquillo quedaban a palmo y medio del suelo, las mangas de la chaqueta le llegaban al codo... El capitán Joy tabaleó en la pulida superficie del escritorio con los dedos y, al fin, se decidió a preguntar:

—¿Son esas las ropas de tierra que traje a bordo para ti?

—Sí, señor — contestó Jed, entrando en el camarote y cuadrándose ante él.

—Pareces una rana.

Jed se mordió los labios, respiró hondo y exclamó:

—Verá, señor; lo que yo quería pedirle era... Yo quería pedirle permiso para llevarme estas cosas

a tierra y dejarlas allí, ¿sabe? Son más bien cosas de críos. Es decir, yo era más bien un crío cuando las traje a bordo. Y, como en el próximo viaje, formaré parte de la tripulación, habré de guardar mis trastos en el castillo de proa. No quisiera que nadie pensara...

—Ya caigo, ya caigo — rezongó Joy—. ¿Llevas los libros ahí dentro?

—¿Los libros? ¿Qué libros?

—Lo que yo me figuraba — suspiró el capitán—. Escúchame, muchacho: quiero que vuelvas a tus libros de texto y que no los abandones. Pudiera ser que no hubiese ningún próximo viaje, como tú no aprietes las clavijas estudiando. ¿Está bien claro ahora para ti?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces, a ello, muchacho — le despidió el anciano.

Jed volvió a su saco. El capitán Joy reflexionó. De pronto, unos pasos resonaron en la escalera que llevaba al camarote y la alta silueta de Briggs se recortó en la puerta. Joy y el armador se saludaron con efusión y, cambiadas unas palabras, el segundo indagó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien, gracias —voceó el capitán—. Aún cojea algo, pero ya voy curando. Ahí tienes a un amigo tuyo.

Joy se refería a Jed, que había sacado la cabeza en el camarote. El chiquillo y Briggs se estrecharon las manos con cariño. El armador parpadeó y comentó:

—Bien, Jed. Has crecido unas cuantas brazas, ¿no crees? ¿Qué has hecho con él, Bering? Su pellejo no va a dar abasto.

—Es que llovió mucho durante el viaje —replicó el capitán—. Vuelve a tus libros, muchacho. No te queda tiempo que perder. Andando.

—Sí, señor — contestó Jed de mala gana.

Briggs observó que el niño abría un libro distraído; después, se encará con Joy.

—¿De veras te encuentras bien, Bering?

—Oye, me da en la nariz que estás bastante inquieto sobre el estado de mi salud — refunfuñó el anciano.

—¿Cómo no voy a estarlo? — aulló Bering de repente—. La última noticia que tuvimos de ti, fue por Eli Bacon, a raíz de ha-

berte visto a la altura de Nueva Zelanda hace un año. El barco tenía que... Y tú allá abajo, enfermo en tu camarote, sin que nadie supiera de qué gravedad. Pensé que te había matado yo mismo al permitir que te hicieras a la mar delicado como estabas.

—Ya —rugió Joy, con los ojos echando chispas—. Eli Bacon mete un buen día sus narizotas a bordo de mi barco, y entonces tú y él empezáis a coserme el sudario. ¿Cuánto aceite de ballena trajo a puerto el señor don Napias Bacon?

—Bueno, tuvo mala suerte.

—Entonces, mejor será que empieces a preocuparte por el estado de su salud. Cuando un patrón de ballenero no puede traer aceite a puerto, ha llegado el momento de comenzar a preocuparse por él, creo yo.

—Entendidó, Bering —bufó entonces Briggs—. Quieres que te pregunte cuánto has traído tú.

—¿Cuál es el "record" en este puerto? ¿Te acuerdas?

—Sabes demasiado bien que son los mil doscientos diecisiete barriles que trajo el "Morning Star"

el 10 de julio de 1872, mandado por Seth Carter.

—Pues ya no lo es —declaró el capitán Joy, descargando un puñetazo en el escritorio—. Ahora lo serán los dos mil doscientos cuarenta y seis barriles del "Pride de Bedford, el 17 de mayo de 1887, mandado por Bering Joy.

Briggs se quedó boquiabierto y pensativo. Jed se precipitó en la habitación reclamando los elogios del armador e inmediatamente fue despedido hacia los libros por su abuelo.

El capitán Joy era lo bastante astuto para comprender cuál era el motivo de la visita de Briggs y también para aprovechar la admiración que había despertado.

—Bill Everest sigue aún de director de las Escuelas, ¿verdad? —preguntó con voz que parecía dulce, tras los anteriores gritos.

—No, lo trasladaron el año pasado.

—¿Quién está en su lugar?

—Uno de los maestros, según creo. ¿Por qué? — indagó Briggs.

—Por nada, por nada... —masculló el capitán Joy.

Briggs volvió a la carga, esforzándose en resultar diplomático.

—No necesito decirte lo orgulloso que estoy de ti, Bering, y lo que me alegro de ello por ti. No suele ocurrir muy a menudo que un hombre consiga un "record" a tiempo de poder retirarse tranquilo.

—¿Qué es eso de hablar de retiros? — chilló Joy.

—No era mi intención sacarlo a colación precisamente ahora, pero puede que no sea mala ocasión. ¿Por qué no lo haces, Bering?

—No recuerdo haber hablado con nadie de que fuera a retirarme.

—Está bien, Bering... Acabas de hacer tu último viaje, de lo cual, por cierto, ya iba siendo hora. El Consejo de Administración te ha asignado tres mil dólares anuales para el resto de tus días y tendrás que gastártelos en tierra —Joy quiso interrumpirle, pero Briggs le atajó—: Mira, Bering, seamos sensatos. Te llegó el momento... Y no soy yo solo quien piensa así. La compañía de seguros dice lo mismo. ¿No irás a quedarte ahí sentado para decirme que quieres volver a hacerte al mar?

Joy crispó los puños y, estremeciéndose de cólera, acusó:

—Que yo sepa, no creo habértelo pedido hasta la fecha. Puede que lo haga y puede que no. Todavía no estoy decidido.

—¿A qué se debe, Bering? ¿A Jed? ¿Quieres dejar otro Joy en el puente de mando? Pues si a eso se debe, no es otra cosa que orgullo.

Joy enrojeció y se levantó del sillón a pesar de su cojera.

—¿Por qué no dejas que un hombre respire a fondo antes de abrumarle a preguntas? Te estás volviendo tan entrometido como una vieja comadre.

—Escúchame, Bering...

—No voy a escucharte, sino a

decirte algo —gritó Joy fuera de sí—. No hay consejeros de administración ni compañías de seguros que puedan decidir lo que yo he de hacer. ¡Ni tú tampoco, Jason!

—¡Está bien, Bering, está bien! —esquivó Briggs, vencido—. Ya encontraré otro día mejor para hablar de ello. Vámonos a tierra.

—Esa es la primera cosa con sentido que has dicho hoy —rezongó Joy.

Un segundo más tarde, los tripulantes del "Pride" saltaban a tierra, dispuestos a tomar fuerzas para un próximo viaje. Pero antes sería necesario arreglar bastantes cosas, algunas de ellas de suma importancia.

II

LOS JOY

Jed no reconoció la hermosa casa, con un negro de piedra en la puerta, en la que había nacido, hasta que su abuelo le afirmó que aquél era su hogar. El desconcierto del chiquillo aumentó al entrar en el vestíbulo.

—¡Caramba, abuelo! —exclamó—. Parece más pequeña de lo que yo recordaba. ¿Por qué será?

—Porque regresas de lugares más amplios, muchacho —explicó el abuelo, observándole con curiosidad.

Desde las paredes numerosos retratos de los Joy los contemplaban con sus firmes y honrados ojos de marido. Jed se enfrentó con ellos y pasó al comedor, seguido del anciano, que no tardó en dejarse caer en la mecedora.

—Ese eres tú. ¿verdad, abuelo? —dijo Jed, señalando un retrato del capitán Joy...— Cuando no eras tan viejo.

El capitán farfulló algunas pa-

labras de protesta acerca de su edad, a las que no atendió Jed.

—Ese es tu padre, ¿no?

—Exacto.

—Y éste es el mío —aseguró Jed—. Son parecidísimos... Oye, abuelo, no iré yo a tener ese aspecto cuando crezca, ¿eh?

—Puede que lo tengas muchísimo peor.

Abuelo y nieto cenaron en la cocina. Mientras el primero fregaba los platos, Jed colocó sus libros de estudio sobre la pulida mesa de pino y se acodó en ella pensativo.

—¿Por dónde empiezo, abuelo? —indagó después, abriendo un volumen—. Es un libro de gramática.

—Pues por donde encuentres algo que no sabes.

—Eso es sencillo —dijo Jed clavando los ojos en una página—. ¿Qué significa analizar?

—¿Analizar? —se atragantó el anciano.

—Aquí dice: “Analizad el siguiente párrafo”.

El capitán Joy frunció sus espesas cejas y se desató el mandil fingiendo meditar la respuesta. En realidad, reflexionaba con vehemencia. Su nieto le había puesto en un brete.

—¡Ah, analizar! —gritó como si hubiera recordado de pronto—. Pues empleado en ese sentido significa... Bueno, hay muchas maneras de explicártelo. Tengo que encontrar la más sencilla. Dame unos minutos. Espera hasta que llene mi pipa.

Jed se mesó los cabellos, mientras su abuelo se trasladaba a la sala, abría la enciclopedia y buscaba el maldito vocablo. Lo encontró y leyó la definición con la ayuda de su inseparable lupa.

—¡Abuelo! —gritó Jed desde la cocina.

Convenientemente aleccionado por la enciclopedia, el capitán llenó su pipa y volvió a la cocina. Encendió la cachimba y se apoyó en la fregadera con aire doctoral.

—Analizar —anunció—, verbo transitivo, del latín “pars”, que significa “parte de algo”. Quiere decir separar. Separar... bueno,

significa llevarse algo aparte, por ejemplo, un párrafo como el... — se embrolló y estalló—: Mirá, es como si te llevaras un nudo a parte para ver cómo está anudado. De igual forma has de escudriñar los ingredientes de ese párrafo... adverbios, adjetivos y... Interesante, ¿verdad?

Jed le miraba alarmado. La confusión reinaba en su cerebro. Esta confusión se prolongó buena parte de la noche. Debía examinarse al día siguiente. Aprobar le era necesario para continuar a bordo del “Pride” y llegar a ser capitán. Se daba por supuesto que había estudiado aquellos cuatro años. Su abuelo lo había ordenado, sin preocuparse de si era obediendo. Y aquéllos eran los resultados. Jed no sabía nada.

—Tengo miedo, abuelo —gimió, dos horas más tarde.

—¿Qué puede darte miedo? Tú eres un chico muy espabilado, ¿no? Mil setecientos setenta y seis. Vamos, dílo.

—Mil setecientos setenta y seis. Mil setecientos...

El capitán Joy lanzó un suspiro y se volvió hacia el globo terrá-

queo, al que señaló con su nudoso índice.

—Echale una detenida ojeada. No intentes sólo recordarlo. Vamos, miralo. Es lo bastante grande. Y ahora, piénsalo bien, muchacho. Tienes que lograrlo. Tú quieres volver al mar, ¿verdad?

—Claro que sí —sollozó Jed.

—Pues entonces... ¿Cuántos barriles le quedan al granjero? Tenía nueve y compró... compró...

Jed sacudió desesperado la cabeza. Se avergonzaba de sí mismo. Sabía lo que sufría su abuelo. Todos sus antepasados habían sido marineros y deseaba que él también lo fuese. De pronto, se echó a llorar.

—Abuelo, no puedo pensar—sollozó—. Me hago un verdadero lío. No puedo pensar ni poco ni mucho, abuelo.

—Está bien, hijo; está bien —contestó suavemente Joy—. Será mejor que nos vayamos a la cama. Anda.

Una vez en el dormitorio, preparados para pasar la noche, el capitán Joy y su nieto se arrodillaron al pie de la cama, y el primero rezó con fervor:

—Te confesamos, Señor, que

cualquiera que sea Tu voluntad, constituirá nuestro camino. Si mañana nos tienes reservado algún disgusto con el cual hayamos de enfrentarnos, concédenos el sentido común, mejor dicho, la gracia de que nos demos cuenta de que tu voluntad seguirá siendo, todavía, nuestro camino. Amén.

—Acabas de rezar como... como si yo no fuera a aprobar mañana. ¿No es cierto, abuelo? —preguntó Jed, cuando estuvieron acostados.

—No era esa mi intención, muchacho.

—Me acuerdo de algo —aseguró Jed, incorporándose—. Mil setecientos setenta y seis. Mañana haré todo cuanto pueda. En serio que lo haré.

El capitán Joy hizo girar los pulgares sobre su pecho y dijo:

—He estado pensando en que si diera la casualidad de que no aprobaras mañana, no permitas que ello te queme demasiado la sangre. Los hombres son a veces tan estúpidos que olvidan de plano que el Todopoderoso siempre tiene sus designios. Pudiera ser que si El nos hiciera fracasar, fuera por nuestro bien. Pudiera ser que sí.

—Pero, ¿para qué iba a querer El hacer eso, abuelo?

—Quizá para que tú te hicieras un hombre en tierra, cosa que tal vez yo no haya tenido el suficiente sentido de considerar como lo mejor para ti.

—Yo quiero volver al mar, abuelo, y hacerme hombre como es debido, como nosotros dijimos —protestó Jed con un nudo en la garganta.

—Ya, lo que yo estoy diciendo ahora es que, a lo mejor, El no quiere que te eduque en un sitio así, tragando sal y viento toda la vida, con la sangre y la porquería llegándote al borde de las botas y con una rama de coral, o un campo de hielo, como las cosas más parecidas al hogar que puedas contemplar. No, muchacho. Pudiera ser que El estuviera firmemente resuelto a que iniciemos una nueva vida, y en tierra. Te das cuenta de ello, ¿verdad?

Lanzó una ojeada a su nieto para ver cómo asimilaba el consuelo preventivo. Jed estaba llorando a lágrima viva. Con el corazón en un puño, el anciano gruñó:

—Los hombres solamente lloran cuando están a solas.

—Es que... que tú no debes decir cosas que no sientes.

El capitán resopló y esperó a que el chiquillo se calmase. Entonces, con suave acento, dijo:

—Estaba preguntándome si al volver aquí, me refiero a la casa y a todo esto... No parece que recuerdes muchas cosas, ¿verdad?

—No lo sé. Yo era entonces muy niño, supongo.

—Pues es un asunto muy interesante ese de recordar. Y un buen ejercicio cerebral. Y, a propósito de ejercicios mentales, supongo que no te acordarás de aquella noche, en que te trajeron aquí a mi cuarto para que te durmieras, ¿verdad?... La noche en que murió tu madre.

—Creo que no, abuelo.

—No, claro —contestó el anciano apagando la luz—. Bueno, ya que no lo recuerdas... No quisiste dormir hasta que yo te traje aquí conmigo. Te encontrabas muy solo.

—Me parece que lo recuerdo, abuelo. Un poco —mintió Jed, comprendiendo la importancia que el viejo daba a tales cosas.

—Lo más divertido de todo ello fué —exclamó Joy, más anima-

do— que el tenerte cerca de mí no resultó suficiente. Tuve que besarte y darte las buenas noches como si yo fuera tu pobre mamá. Parecía que con aquéllo te olvidabas de tu soledad. Gracioso, ¿verdad?

—Sí, abuelo —respondió Jed con voz temblorosa.

—Y no creo que yo... —empezó a decir Joy.

—¿Qué, abuelo? —indagó Jed con ansiedad.

—Nada, muchacho; nada —resopló Joy, avergonzado de su debilidad—. Otro simple ejercicio mental, eso es todo. Como has dicho muy bien, tú eras demasiado pequeño. Bien, buenas noches, muchacho.

—Buenas noches, abuelo.

III

UNA HORA... Y VARIOS MINUTOS

A las diez menos cuarto de la mañana, el capitán Joy y Jed, éste con los libros bajo el brazo, entraban de mala gana y temerosos en la escuela graduada. El vestíbulo estaba desierto. Sobre una puerta, el capitán leyó el siguiente rótulo: "Director de la Escuela. Andrew L. Bush"

—Bush —exclamó el capitán—. Recuerda eso, muchacho. Parecido a "boj". Los hombres agradecen que les llamen por su apellido.

Prometió Jed que procuraría recordarlo, cuando se abrió la puerta mencionada, dando paso a una mujer de edad mediana y de inconfundible aspecto de maestra. El anciano se presentó y exclamó la maestra:

—Capitán Joy, le estábamos esperando. El señor Bush terminará dentro de un minuto. El ha estado procurando verle a usted de nuevo. ¿No recuerda que hizo un via-

je a sus órdenes en cierta ocasión?

—¿De veras? —y el capitán agregó, suspicaz ¿Un solo viaje? No habré tenido alguna cuestión con él, ¿eh?

—Pues yo sólo lo oí mencionar. —rió la maestra—, pero creo que, cuando volvieron a puerto, usted le dijo lisa y llanamente que no creía que su sitio estuviera en el mar.

El capitán Joy maldijo su franqueza. De nuevo abrióse la puerta del despacho, dando paso a un niño lloroso y a una madre compungida. Abuelo y nieto entraron a su vez, con el alma en un hilo. El señor Bush era un hombre de edad mediana, rubio, severo y molesto.

El capitán le saludó con fingido alborozo. Bush fué más sobrio. Estrechó la mano de Jed y ofreció una butaca al anciano, que dijo, una vez sentado:

—Andrés, tiene usted un magní-

fico aspecto. Y no ha cambiado nada.

—Me temo, capitán, que su memoria se equivoca en unos veinte kilos — contestó Bush sin responder a su sonrisa.

El anciano se sintió consternado. Comprendía que estaba pisando terreno falso y deseaba ser simpático al director... por lo que pudiera ser. Por Jed.

—Bueno, el tiempo no perdona a nadie, ya sabe —replicó con forzada alegría—. A mí me ha enseñado a dominar aquel mal genio mío. Siempre dije que el mar había perdido un hombre magnífico desde el día en que prescindí de usted, Andrés. Siempre lo dije.

—Usted no se acuerda bien de mí, ¿verdad, capitán? — preguntó Bush.

Al capitán se le cayó el alma a los pies

—Nada de eso...

—Yo jamás fui bueno, como hombre de mar —replicó Bush, sonriendo de pronto—. Creo que fui el peor marinero que haya embarcado jamás y, por si fuera poco, estuve mareado casi todo el tiempo. Pero, puede que me hubiera pasado la vida en un sitio don-

de no tenía nada que hacer, si usted no me hubiese dicho la verdad y me hubiera devuelto a tierra. He acabado por convencerme de que le debo a usted muchísimo por aquel gesto, capitán.

—¡Vaya! —exclamó el capitán, recobrando su tamaño normal—. Es muy agradable por su parte que se lo haya tomado así, señor Bush.

—No merecía la pena. Bueno, supongo que sería mejor que empezásemos con ese examen, ¿eh? ¿Estás bien preparado, Jed?

El chiquillo tartamudeó una respuesta y el capitán Joy palideció al ver el cuestionario que la maestra llevaba en la mano. Hizo una pregunta alocada, intentando retener a su lado a su despavorido nieto. Finalmente, la puerta del aula se cerró tras éste. Jed tenía una hora para responder a una serie de cuestiones que al anciano se le antojó infinita.

—¿Una hora ha dicho usted? Es mucho tiempo, ¿no? —dijo el capitán Joy, consultando el reloj—. No será demasiado difícil, desde luego. Se trata solamente del cuarto grado.

Bush comprendió lo que sopor-

taba el anciano. Le hubiera gustado sonreír, pero no era hombre de sonrisas. Apreciaba al capitán, pero únicamente se le ocurría consolarle de igual modo que a los padres nerviosos que solían aguardar en su despacho.

—Claro que no.

—Y él es listo — suspiró el anciano.

—Sí, parece muy listo.

—No le estaré entreteniendo, ¿verdad? — indagó Joy, al ver que Bush tenía unos papeles en la mano.

—Nada de eso.

El anciano atormentó sus muletas, procurando guardar silencio. Bush estudió los documentos que había en su carpeta.

—Y ahora, ¿qué hora es? — preguntó Joy al cabo de un segundo.

—Pues sólo un poquito más de las diez —repuso Bush, cruzando las manos sobre su escritorio—. No se preocupe demasiado por ello, capitán. Como usted acaba de decir, el chico es listo.

—Ya se daría usted cuenta, señor Bush —carraspeó Joy—, si tuviera que tratar con él. Estaba pensando en que si no respondiera bien a esas preguntas, quizá si us-

ted hablara con él... Si usted le hiciera algunas preguntas sobre ballenas o barcos, vería usted que el chico sabe cosas. Y eso es lo principal, ¿no?

—Bueno, en cierto modo, así es, capitán. Pero quedan las disposiciones vigentes.

—¡Ah, la ley! —gruñó Joy—. No puedo decir que esté de acuerdo en que sea razonable. Pero si ésa es la ley, estoy de acuerdo en acatarla —se apoyó en las muletas y se incorporó—. Bueno, un hombre debe emplear su tiempo convenientemente. Podría utilizarlo en hacer la mar de recados. Una hora, ¿eh?

—Eso es.

El anciano se alejó renqueando. Bush movió la cabeza y suspiró. La inquietud del capitán se le había comunicado. No podía fijar la atención en nada. ¡Al diablo los papeles! Se paseó por su despacho. Las diez y media. Se acercó a la ventana.

El capitán Joy, a pesar de su cojera, se paseaba con agilidad por un sendero del jardín. Bush se pasó la lengua por los labios y cerró los puños hasta que los nu-

dillos se le pusieron blancos. ¡Pobre anciano!...

Bush estaba sentado a su escritorio —eran las once menos cuarto— cuando entró en la estancia el capitán Joy, avergonzado de sí mismo, pero desafiante. Se desplomó en la butaca y refunfuñó, en son de excusa:

—Demasiado tiempo.

—Se pasa en seguida.

—¿Es usted casado? — indagó el capitán.

—Desde hace doce años — respondió Bush.

—¿Y tiene algún hijo?

—No. Jamás nos concedió Dios esa bendición.

—Sin embargo, conoce usted bien a los niños, supongo, aunque no sea más que por estar tan mezclado con ellos aquí en la escuela —comentó el capitán—. Esto es lo más parecido que hay a ser padre, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí — contestó Bush, algo desorientado acerca de los propósitos que tenía el anciano para sacar aquel tema a colación.

Joy soltó una extemporánea risotada.

—Tiene gracia, pero no recuer-

do muy bien cómo son las personas mayores de tierra. Creo que no resultará tan duro, ¿verdad?

—¿Se refiere usted a ser padre en tierra? Pues tengo la idea de que algunas gentes harían excelentes se las han arreglado para hacerse hombres en tierra, capitán.

—Sí, pero tiene usted que reconocer esto: sus gentes eran gentes de tierra y eso era diferente — distinguió el anciano.

—De acuerdo, capitán; sé muy bien a lo que se refiere —comprendió Bush—. La paternidad es difícil, aun en el mejor de los casos, en cualquier parte que usted deba ejercerla; pero, si llegara el caso de que usted tuviera que ejercer tal misión en tierra, yo creo... yo creo que usted no fracasaría —añadió Bush con voz temblorosa—. Usted le ha dado algo por lo cual vivir. Esa es la parte peor... Se ha traído usted a casa un "record", ¿verdad? Y un "record" que durará.

—¡Un "record"! —bufó el capitán—. Le diré la clase de "record" que he traído a casa. El que tenía entre mis manos para poder conducirla durante otro viaje más...

Eso es cuanto necesitaba: otro viaje más. Sólo que eso no ocurrirá. ¿Y por qué? Por causa mía. ¡Ahí tiene la clase de "record" que me he traído!

Bush se dispuso a replicar, cuando se abrió la puerta del aula. Apareció Jed, nervioso y pálido. Bush adivinó lo ocurrido, o lo temió. Se ofreció a mandarles las notas por escrito y, dada la negativa del capitán, pasó al recinto donde la maestra calificaba. Bush se sobresaltó al ver su rostro.

—Tan mal ha quedado, ¿eh? —gimió Bush.

—Casi lloró del esfuerzo que hizo. Puede que la aritmética esté mejor — aseguró la maestra esperanzada.

Pero la aritmética estaba pésima. Jed estaba muy por debajo de lo normal. Cabizbajo, Busch se dirigió hacia la puerta. De pronto, volvió sobre sus pasos y ordenó imperativo:

—Auméntelo a setenta, señorita Hopkins.

—Pero, señor Bush... —tartamudeó la maestra—. Si busca usted en serio que falseemos el resultado de un examen, sólo porque usted prefiere no disgustar a un

simpático anciano, entonces yo...

—Entonces, salga usted y dígaselo —rugió Bush—. Aparezca ahí fuera y destrócele el corazón. Ande, salga y dígame que tendrá que educar a su nieto en tierra, que no podrá llevarse al mar otra vez al último de los Joy para convertirlo en un buen capitán ballenero. ¡Ande, ande! Yo no tengo el suficiente valor.

La señorita Hopkins apretó con firmeza los labios y blandió amenazadora su pluma.

—Escuche, señor Busch. A mí también me es simpático el capitán Joy, pero me parece que aquí se trata de algo más que de causar disgusto... Ese niño es... es casi un ignorante y yo creo que su educación es más importante que los sentimientos de cualquiera. No tenemos derecho a abandonarle donde las únicas cosas que tendrá ocasión de aprender son el mar y la ruda vida que él implica. No es suficiente.

Bush levantó las manos exasperado. El punto de vista de la señorita Hopkins era el que él había sustentado hasta entonces, y quizá por eso mismo le sacaba de sus casillas. Meditó un momento y, ha-

biendo tomado una determinación, chilló:

—¡Santo Cielo! ¡Ojalá hubiera llevado yo esa vida! Oígame, señorita Hopkins. Yo creo que existen algunas cosas más importantes para la educación que el saber escribir correctamente. Hay cierta cualidad llamada carácter, y el carácter es educación. Precisamente la mejor de ella. Y ese anciano tiene en su poder el mejor libro de texto que pueda enseñar a construir un carácter...

Se metió las manos en los bolsillos y cruzó entre los pupitres llegando a la puerta, desde donde gritó:

—¡Calificaremos el ejercicio con setenta, señorita Hopkins!

La maestra, subyugada, inclinó la cabeza y escribió unas líneas. Satisfecho de sí mismo, y en belicosa disposición, Bush pisó su despacho. El anciano y el niño retrocedieron al verle.

—¿Qué ha sacado? —balbució el capitán Joy.

—Setenta —aulló Bush, avergonzándose inmediatamente.

¿Y cuánto hace falta para aprobar? —prosiguió el capitán.

—Setenta. ¿Qué se había figurado usted? —aulló de nuevo el señor Bush, pero sin avergonzarse esta vez.

Quando el capitán Joy se presentó en las oficinas de sus armadores, Briggs y Harris se hallaban acompañados de un joven, alto, rubio y fornido, que vestía la indumentaria de oficial de marina. Joy se apoderó del sillón de Briggs y abrió fuego con una insolencia que puso a Briggs sobre la pista.

—¡Vaya! Debe de haber aprobado.

—¿Aprobado? ¿Quién? — fingió sorprenderse Joy.

—Jed. ¿En qué grado estaba?

—¿Jed? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Está bien, Bering —suspiró Briggs—. ¿Cuándo quieres zarpar?

—Las ballenas están esperando —dijo Joy con voz tonante—. Hemos de completar la tripulación y encontrar un primer oficial.

—Sí, claro, un primer oficial —convino Briggs apresuradamente, volviéndose hacia el joven ma-

rino—. ¡Ya ves tú qué casualidad! Precisamente estaba hablando sobre eso con el señor Lunceford aquí presente.

Lunceford hizo una inclinación. A partir de este instante, Joy empezó a considerarle con suspicacia, especialmente cuando Briggs se puso a cantar las alabanzas del joven con innecesario calor. El avispado magín del anciano adivinó la conspiración y, cuando su amigo paró de hablar, refunfuñó:

—Está bien.. El es joven, ¿eh? Joven y robusto —y gritó de repente al armador—: Jason, un hombre ciego de un ojo y medio tuerto del otro podría ver lo que te está bullendo en la cabeza, exactamente igual que si tu frente fuera de cristal. Y viene de Boston, donde gestionan los empleos las compañías de seguros. A lo mejor, hasta es posible que tenga los documentos de capitán en el bolsillo.

Harris lanzó una risita y Dan Lunceford, frunciendo el entrecejo, dió un paso adelante, herido por la innecesaria belicosidad del anciano.

—Oigame —dijo—. ¿Y si dejáramos al capitán Jason que echara un vistazo a mi hoja de servicios? Puede que entonces, si tiene alguna pregunta que hacerme...

Joy aprobó irónico la idea del joven, que respetuosamente le entregó los papeles. No obstante, Harris notó que los músculos de la mandíbula de Dan vibraban. Joy alabó la firma del oficial y leyó los papeles.

—Hay algo que nunca he podido comprender del todo —exclamó de pronto—. Eso de ir a una escuela para aprender a cazar ballenas.

—Creo que ahí deben mencionarse además unos pocos viajes, señor —indicó Dan secamente, maldiciendo en su fuero interno al viejo.

—¿Qué pueden haberle enseñado a usted en esa escuela sobre la pesca de ballenas? Eso es lo que yo me digo —rióse Joy, sin hacer caso de la indicación.

—He estudiado ingeniería naval, deberes del hombre del mar, nave-

gación, biología marina... — recitó, airado, Dan.

—¡Hombre! Es esa una cosa sobre la que le agradecería muchísimo que me contara algo, señor Lunceford — interrumpióle Joy.

Dan hizo una profunda aspiración y recitó:

—La biología marina comprende las costumbres de alimentación de la ballena, sus movimientos en cada estación, y sus hábitos para la procreación y alumbramiento de la cría.

—¡No me diga usted! —se burló Joy—. Pero ¡si eso es tremendamente interesante!

Briggs quiso hablar, comprendiendo que el miedo del capitán a ser suplantado le había llevado demasiado lejos, pero Dan le cortó la palabra y declaró irritado:

—Escuche, capitán Joy. También a mí me hubiera gustado descender de cuatro generaciones de buenos balleneros. Lo malo es que no desciendo, pero conozco mi oficio y puedo enfrentarme en él con cualquier...

Briggs intervino para que Dan no dijera algo irreparable, farfuleando algo sobre que lamentaba

mucho que la elección del señor Lunceford fuera... Joy se levantó del escritorio y protestó:

—¿Qué puede haberte dado tal impresión, Jason? Su ayuda me vendrá a las mis maravillas —y sonrió como gato que mira al ratón—. Que le contrate Ben.

—Me alegro mucho que lo hayas resuelto así, Bering. Yo creí... —empezó a decir Briggs.

—Haremos un viaje interesantísimo —continuó sarcástico Joy—. El señor Lunceford dispondrá de mucho tiempo para hablarme de esa bi... como se llame. Y puede que haya algunas pequeñas cues-

tiones sobre las que yo pueda aconsejarle para cuando vaya a tomar el mando... el mando de un barco destinado a él.

—Si de veras hago ese viaje, capitán Briggs —terció Dan—, creo que merecerá la pena...

Brigs y Harris presumieron lo que iba a decir el joven y rápidamente, con el pretexto de firmar el contrato, le cortaron la palabra. Dan se cuadró, entonces, ante el capitán Joy y se despidió en seguida diciendo:

—Le veré en el barco, señor.

—No le quepa duda —prometió, malicioso, el capitán.

IV

A BORDO

El "Pride" zarpó el 16 de agosto de 1887 con rumbo sudoeste, con alegría del anciano capitán, que, a pesar de su belicosidad, temía verse obligado a quedarse en tierra.

Al mediodía, Joy congregó a los tripulantes ante el puente de mando y los arengó:

—La misión de este barco es capturar ballenas. No regresaremos a puerto hasta tener el cargamento completo. A bordo se hará justicia sin el menor favoritismo. Yo, en su lugar, no cometería faltas de vagancia, cobardía o simple vileza. Mi intención es convertirlos en hombres mejores de lo que eran antes de que yo los encontrara.

A renglón seguido, invocó la protección del Todopoderoso sobre el barco y sus ocupantes. Después indicó a Dan Lunceford que se iba a hablar con él y, dejando el

mando al segundo oficial, Sewell, descendió a su cámara.

Unos minutos después, Dan entraba en ella y recibía la indicación de sentarse al otro lado del brillante escritorio del capitán. Lleno de ansiedad, suponiendo que el anciano iba a excusarse de su pasada conducta, el joven prestó atención.

—Bueno, consideré conveniente que charláramos un poco —comenzó Joy, encendiendo su pipa—. ¿Qué piensa usted, hasta ahora, de su nuevo empleo, señor Lunceford?

—El barco es magnífico, señor.

—Tiene buenas condiciones, desde luego. Y pocas manos inexpertas —agregó Joy, con rentintín significativo—. Quizá haya notado usted que la mayor parte de mi tripulación se reengancha casi siempre.

—A causa del afecto, no hay duda, señor.

—Pudiera ser, señor Lunceford —repuso el capitán—. Y ahora... desde luego, no es necesario, podríamos tocar uno o dos puntos concernientes a las costumbres generales de a bordo. En mi barco yo no tengo contacto con la tripulación. Me entiendo con ella únicamente a través del primer oficial y no me mezclo en nada. Por ejemplo, si ocurre que tengo un pariente a bordo, la condición de ser mi nieto no le hace diferente en nada a los otros hombres del castillo de proa.

—Sí, señor.

—Bien. Me parece que pensamos de un modo parecido, señor Lunceford. Eso está bien. Y ahora, nos queda un pequeño problema. Una especie de comisión especial que he de llevar a cabo en este barco. Y concerniendo a él, de sobra sé que usted hará cuanto esté en su mano para que sea llevada a cabo convenientemente.

—No faltaba más —respondió Dan, sin saber adónde quería ir a parar el anciano, pero suponiendo que trataba de hacer las paces.

Joy hizo chocar sus espesas ce-

jas, dió una chupada a su cachimba y después soltó una carcajada, muy juvenil por el timbre de travesura que encerraba.

—A mi nieto, señor Lunceford, le permitieron embarcar con el firme propósito de que, con los medios de que a bordo se disponen, él recibiría los estudios apropiados que la ley exige en la actualidad. Mientras él sirvió en mi camarote, yo me encargué de esa obligación. Y creo que lo hice bastante bien. Pero, al formar hoy parte de la tripulación, la cosa cambia. ¿Se da cuenta, señor Lunceford?

Dan estaba perplejo. Entendía demasiado y no entendía nada.

—Pues sí, pero yo... no veo por qué...

—Resultaba un problema espantoso hasta que me dió por acordarme de usted y de sus estudios —aclaró Joy con insultante respeto—. Parece como si la mano de la Providencia le hubiera enviado a usted a este barco. Porque a partir de ahora constituirá su deber el inspeccionar sus estudios, que es misión que este barco prometió cumplir.

—Oiga un momento, señor —exclamó Dan irguiéndose, irritado

por el encargo—. Mi jornada va a estar muy...

—Dé las lecciones en cualquier momento —cortó Joy—. Sus horas francas de servicio serán las ideales. Eso es todo, señor Lunceford.

El joven se levantó de un salto, con las mandíbulas firmemente apretadas, pálido de cólera. Antes de que llegase a la puerta, la burlesca voz del capitán, que saboreaba su venganza sobre los marineros de academia, le detuvo.

—No ponga usted esa cara tan larga, señor Lunceford. Yo tenía la impresión, cuando usted llegó a bordo, de que estaba dispuesto a aceptar cualquier trabajo extraordinario si se presentaba la ocasión.

Dan gruñó y cerró la puerta con innecesaria energía, mientras el capitán Joy se reía entre dientes.

Al día siguiente, empezaron las clases. A Dan le fué simpático Jed, con su negro pelo rizado y sus hermosos ojos, y Jed se sintió atraído por el fuerte y curtido joven, cuyo modo de hablar y apostura general parecían proceder de un mundo distinto.

Dan no tardó en enterarse de dos cosas: Jed no sabía nada, y,

además, demostraba una gran predisposición para distraerse. Llamándole la atención y comentando la calidad de sus antiguos maestros, Dan dijo:

—Bueno, repasemos un poco —abrió un libro y leyó—: El granjero Brown tiene un cajón con treinta y dos manzanas; regala ocho y se le pudren seis más antes de que pueda llevarlas al mercado. ¿Cuántas manzanas tiene para vender?

—No lo sé, señor —contestó Jed, tras breve reflexión.

—¿Y si procuraras pensarlo un poco?

—¡Caramba, señor! —exclamó Jed indignado—. Debe haber sido bastante imbécil para dejar que se le pudrieran tantas. Y, además, no veo por qué tengo yo que aprender cosas de granjeros tan tontos.

Dan se mordió los labios para no reírse.

—Bueno, suponte que hemos avistado catorce ballenas y de ellas cobramos tres, ¿cuántas se han escapado?

Jed se sentó de un golpe, lleno de interés y excitación.

—Once —contestó al punto—.

¡Canastos! Pero, ¡esas son muchas ballenas!

—Muy bien. Y ahora dime, ¿por qué no puedes hacer lo mismo con las manzanas?

—Cuando se trata de ballenas es diferente, señor.

Dan no aprovechó la insinuación. La clase le resultaba más entretenida de lo que había supuesto. El chiquillo era muy agradable y listo, a pesar de su aparente torpeza, y era un incentivo para un hombre culto como el primer oficial despertar su amor al estudio.

Pero fracasó en toda línea. El granjero Brown se quedó con un número de manzanas indeterminado, el río más largo del mundo era un riachuelo próximo a New Bedford, de gramática estaba verde, lo mismo que de literatura. Fatigado e impaciente, Dan hizo una última pregunta:

—¿Cuál fué la primera batalla de la Revolución?

—Eso es lo que no comprendo —chilló Jed, rabioso—. ¿Por qué tiene que haber tantas preguntas? Usted pregunta, el abuelo también hace preguntas, en la escuela hacen preguntas, y siempre se trata de manzanas o algo así. ¿Por qué

no hacen todos siempre las mismas?

—¿Estás seguro de que fué el examen de cuarto grado el que tú aprobaste?

—Es que uno no puede acordarse de tantas cosas que no tienen el menor sentido. El abuelo es el mejor ballenero del mundo y no tuvo necesidad de aprender nada de granjeros Brown, ni de manzanas. Mire usted, Abraham Lincoln no necesitó ir al colegio para ser presidente. Y Andy Jackson...

Dan lanzó un suspiro y se puso en pie.

—No es preciso pensar mucho para imaginar dónde has oído eso. Está bien, caballero, sospecho que no se pueden pedir peras al olmo —distinguió la silueta del capitán a pocos pasos de ellos y tuvo una doble ocurrencia. Entregó los libros a Jed, diciendo—: Será mejor que los pongas bajo tu colchona y duermas sobre ellos. Puede que asimiles algo algo de ciencia a través de la lana.

Habiéndose vengado del capitán Joy, Dan puso en práctica su segunda ocurrencia, al tener que distribuir la tripulación de los botes balleneros. El capitán Joy es-

taba presente a la faena y Jed sabía de la cocina, con unos cubos de agua sucia, cuando sonó la voz de Sewell indicando el fin de la llamada.

Jed se incorporó a la fila. Ignoraba que Sewell y Dan se habían puesto de acuerdo. Los hombres fueron siendo distribuidos. Jed cubría los huecos dejados, intentando atraer la atención de Dan o del segundo oficial. Pero en vano. Es más, cuando los botes quedaron completos. Dan ordenó a Sewell:

—Asigne a los restantes hombres trabajos especiales y, si alguno de ellos demuestra buena disposición para aprender, comuni-

quemelo. Para mí vale más el deseo de aprender que la experiencia. Es lo que le lleva a uno más lejos a fin de cuentas —se encaró con Jed y le mandó—: Será mejor que se presente al cocinero. Puede que haya algo en que consiga servirle de ayuda.

El capitán Joy atenazó con las manos la barandilla del puente de mando. Había comprendido la indirecta de Dan. Además, presentía que, por aquel camino, su nieto jamás llegaría a marinero. Pero no dijo nada. Jed se mordió los labios furioso de haber sido despreciado delante de la tripulación.

CONVERSACION REVELADORA

Un mes y algunos días más tarde, el "Pride" cruzaba bajo el Ecuador. No había la menor señal de ballenas. La tripulación estaba nerviosa a causa de la inactividad y del calor. El que estaba de peor humor era Jed. Desde su primera y última lección con Dan, había tenido que trabajar en la cocina, verter cubos de agua sucia por la borda y pelar patatas, mientras los marineros se entrenaban a lanzar el arpón, arreglaban los botes, los repintaban y preparaban los equipos necesarios para la captura de las ballenas.

Jed estaba profundamente dolido. El era un marinero como los demás y no un simple grumete. Por otra parte, Dan se mostraba amable y justo con todos. Pero, en lo que le atañía, el primer oficial fingía ignorar su existencia y jamás le dirigía la palabra. Jed era un niño, y los niños soportan a

duras penas el desvío y las malas caras de las personas mayores. Quizá por tal motivo, Jed sentíase atraído por el joven señor Luncford.

Al fin, una mañana, Dan entró en la cocina a pedir café. Jed estaba en ella y miraba rabioso un plato de patatas que tenía que comer. Slush Tubbs, el bondadoso cocinero, después de entregar la taza de café a Dan, dijo al chiquillo:

—¿No tienes apetito, muchacho?

—En absoluto.

Ofrézcale una manzana, señor Tubbs —indicó Dan, guiñando un ojo al cocinero—. No; ahora que me acuerdo, hay personas que detestan las manzanas. Se espantan hasta de oírlas mencionar. No les son simpáticos ni siquiera los granjeros que las cultivan.

—¿Se refiere a mí, señor Lunc-

ford? —gritó Jed, arrojando rabiosamente el tenedor en la frezadera.

—No lo sé. ¿Tú crees? —le contestó Dan.

—Porque si se refiere a mí puedo decirle algo referente a su granjero Brown y a sus manzanas.

Después de esta violenta exclamación, Jed recitó de corrido la solución del problema, el nombre del río más largo del mundo, la fecha y el nombre de la primera batalla de la Revolución; multiplicó de memoria el seis por dos cifras y concluyó:

—Me parece que ya sé bastante de esta monserga. ¿Hay alguna otra cosa que desee usted saber, señor Luncford?

—No me interesa aprender ninguna —respondió Dan con frialdad—. Las conozco ya. Esto hace que me acuerde del siete. Interesantísimo el número siete.

—Supongo que lo será.

—Pero no te preocupa demasiado, ¿verdad?

Dicho esto, Dan se marchó de la cocina. Jed vaciló un segundo y corrió tras él.

Desde este día, Jed estudió de verdad. Se olvidó incluso de la

existencia de su abuelo. Las explicaciones sensatas de Dan le atraían y la delicadeza y distinción innatas del primer oficial hicieron el resto. El chiquillo no se apartaba de él. Así nació entre ellos un afecto hondo, que tendía a aumentar a medida que las semanas pasaban.

El capitán Joy había notado el cariño creciente del hombre y del chiquillo. Primero experimentó una sensación de vacío, seguida de otra de protesta. No sabía a qué achacarlo, pero así era. Quizá se debiese a la admiración que todos tributaban al primer oficial. Al fin y al cabo, era un anciano y se enfrentaba inconscientemente con un joven en la flor de la vida, apto y culto. Mucho temía que la ciencia de Dan, de la que tanto se había burlado, tuviera una base firme.

Una mañana, cuando Dan mandaba arriar su bote para que los marineros hicieran ejercicios de remo, el capitán apareció en el puente de mando. Contempló la maniobra. No se podía negar que Dan hacía trabajar bien a sus hombres. Paseó la mirada sobre éstos y descubrió a su nieto mi-

rando embozado al primer oficial.

Llamó a Jed y, cuando el chiquillo se cuadró delante de él, dijo:

—Quisiera preguntarle cómo van sus estudios.

—Muy bien, señor —respondió Jed alegremente—. Con la forma que tiene de enseñar el señor Lunceford, no resulta nada difícil aprender.

—¡Vaya! Eso me gusta.

Pero Tubbs, el cocinero, que estaba cerca del capitán y escuchaba discretamente, comprendió que mentía. Los ojos del anciano habían chispeado de una manera rara. Jed, inocentemente, continuó cantando los panegíricos del primer oficial a gritos para hacerse oír en medio de la baraúnda de órdenes y voces.

—Y la Aritmética la explica con mucha gracia. Y también eso de la navegación por refracción del sonido y de la forma de servirse de ella.

—La refrac... ¿Qué clase de navegación es ésta? —gritó Joy.

—Verá, señor —explicó Jed con soltura—. Es como cuando hay niebla y estamos cerca de tierra o algo parecido. Siempre llevamos ese barril de pedruscos debajo del

contrafoque para poder tirar alguno por la borda y, si no causa el chapotazo ningún eco, sabemos que aquellas aguas están libres de obstáculos.

—¿Y qué tira el señor Lunceford por la borda? ¿A alguien de la tripulación?

—No, señor —se indignó Jed y se apresuró a aclarar—. El dice que es tonto llevar esos pedruscos, que lo único que hay que hacer es gritar, y entonces contar despacio; y si el eco llega en, por ejemplo, cinco segundos, se multiplica cinco por mil, porque ésa es la velocidad del sonido. Después se divide el resultado por dos, ya que el sonido tiene que ir y volver. Así se obtienen dos mil quinientos que son los pies a que nos encontramos de tierra o de un iceberg.

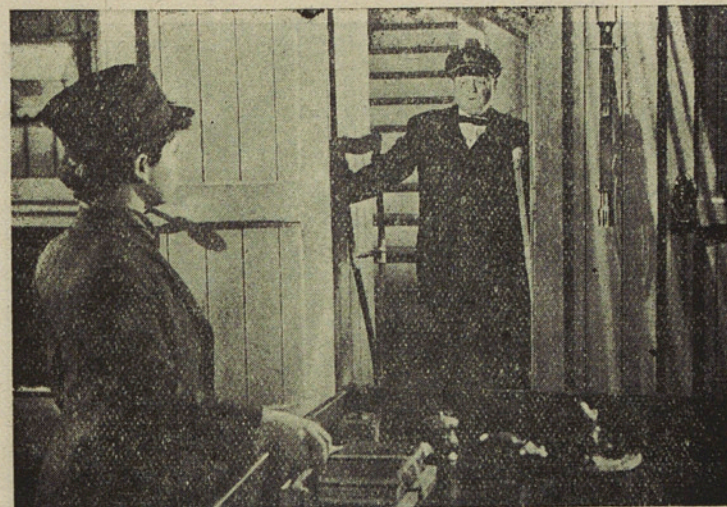
Joy contempló a su nieto. ¡Teorías modernas! Y el chiquillo las sabía bien. El sistema debía de ser mucho más seguro que el antiguo.

—Eso es hacerse cisco calculando —gruñó.

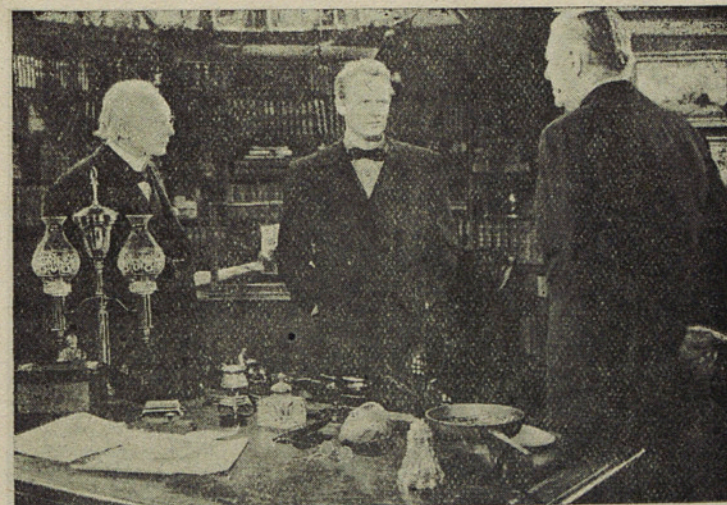
—De todos modos, señor...

—Dí lo que ibas a decir —le animó su abuelo.

—Verá, señor. El señor Lunceford va a sacar a su tripulación a



—Comportate de acuerdo con tu condición de aprendiz de camarero del capitán hasta que tus pies toquen ese muelle.



Briggs y Harris se hallaban acompañados de un joven...



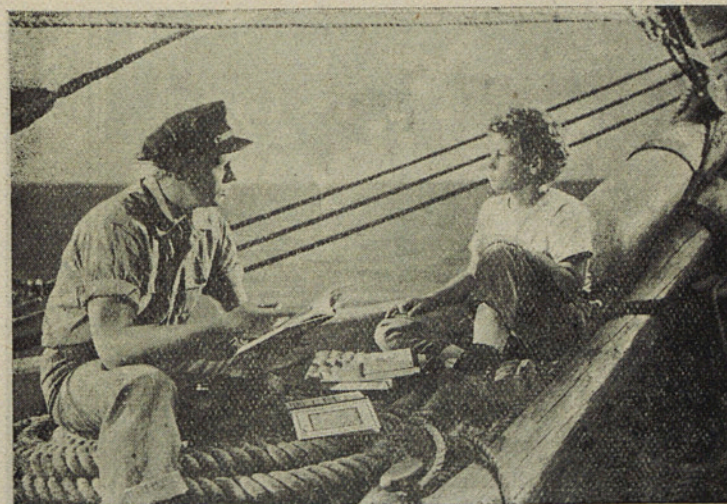
—Le veré en el barco, señor.



—...a partir de ahora constituirá su deber el inspeccionar sus estudios...



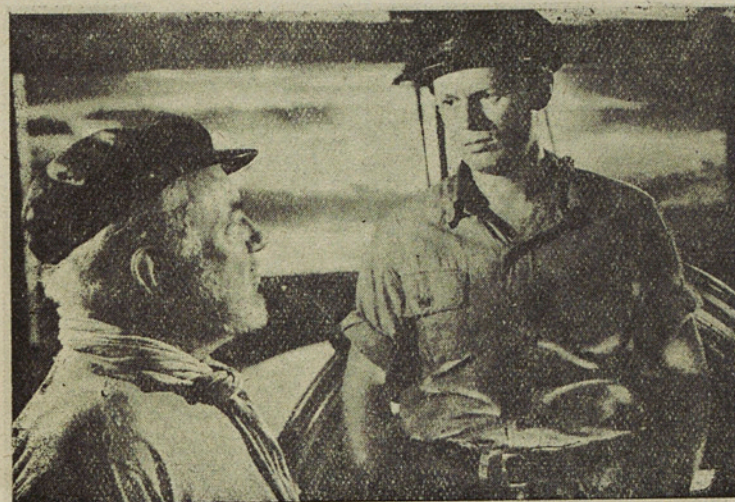
...Joy congregó a los tripulantes en el puente de mando.



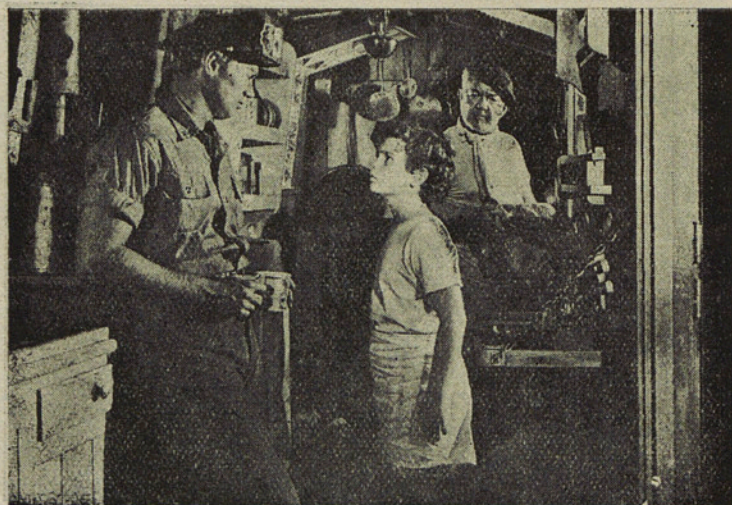
—¿Cuántas manzanas tiene para vender?



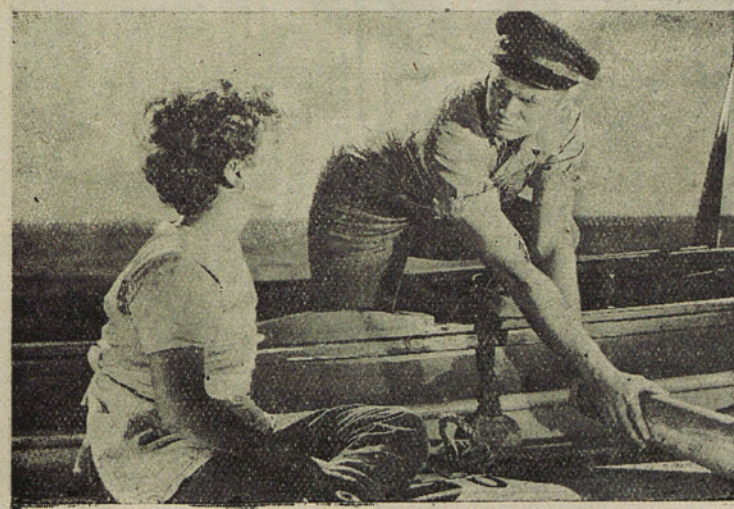
El era un marinero como los demás y no un simple grumete...



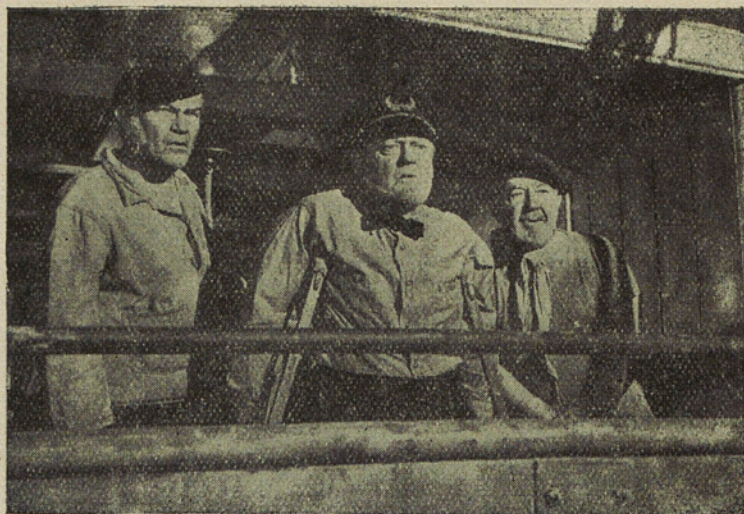
—A mí el muchacho me importa un bledo.



Dan entró en la cocina a pedir café.



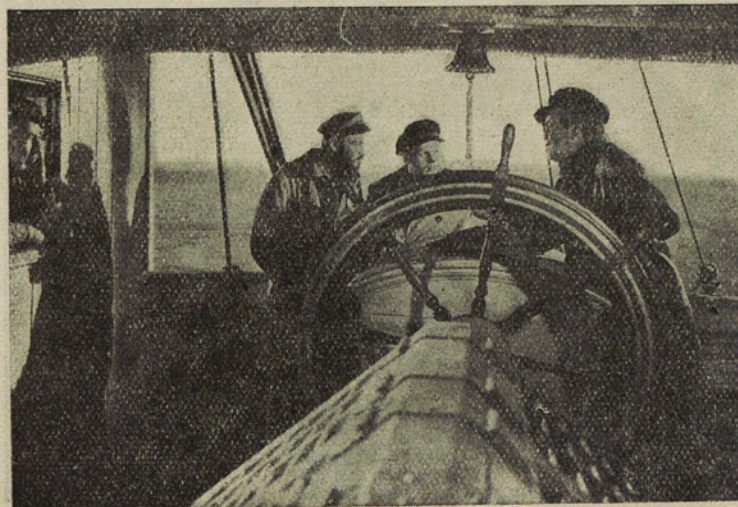
—¿No tiene usted nada que estudiar, caballero?



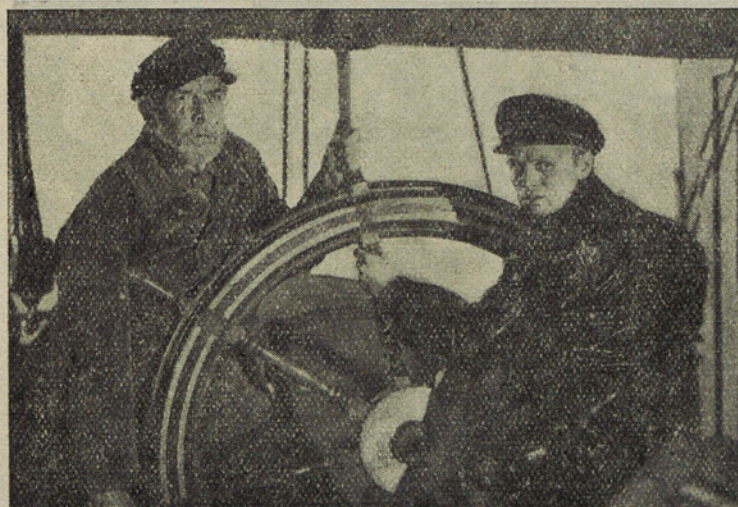
—¡Centro de gravedad! ¡Centro de sardeces!



Los tripulantes de la ballenera de Dan llegaron al "Pride".



Ordenó al timonel que variara el rumbo...



...la niebla se desgarró dando vista a un iceberg...



...el "Pride" se estrelló contra uno de los bordes de la masa.



—...retiro mi petición de quedarme en tierra.

E L D E M O N I O D E L M A R

hacer prácticas en una balsa y ha dicho que he adelantado tanto en mis estudios, que podré acompañarles.

—Pues te convendrá ir. No debes perderte nada de la sabiduría del señor Lunceford refunfuñó Joy.

Jed corrió al bote. Dan le levantó en el aire y le depositó en él. Mientras se alejaban del barco, el capitán Joy, mascullando el nombre del primer oficial, se encaminó a popa seguido del cocinero. Los marineros bregaban bien con los remos y Jed no les iba a la zaga. Podrían alcanzar el barco en cuanto se lo propusiesen.

—No está mal—aprobó Tubbs—. El señor Lunceford ha conseguido que esa tripulación funcione a muy buena presión.

El capitán, emitiendo un gruñido, se dirigió hacia Sewell, que llevaba el timón. Esperó a que la ballenera estuviera a punto de abordar y entonces, ordenó:

—Señor Sewell, deje que tome más viento un par de puntos.

Al ser obedecido, el "Pride" saltó adelante como un caballo. Los de la lancha no se percataron de momento de la maniobra. Pasado

un rato de inútiles esfuerzos, un marinero comentó que el barco se separaba. Dan, que iba al timón, comprobó la veracidad de la aseveración, hizo que Jed empuñara el timón y remó con vigor.

No alcanzaron el "Pride" hasta cerrada la noche. El capitán Joy aguardaba la llegada de los tripulantes de la ballenera. Al notar su cansancio y su ira, exclamó con malicia:

—Buen entrenamiento, señor Lunceford. Bueno y largo. Y muy conveniente.

—Casi nos hubiera convenido más llegar a la costa —replicó, irritado, Dan.

—No me cabe duda de que la hubiera alcanzado, señor Lunceford. Sobre todo ayudándose con la refracción del sonido.

Dan apretó los dientes y se apartó con brusquedad del capitán, que se reía de su propio chiste.

Dan se paseaba nervioso por el puente de mando, cumpliendo su guardia. El inexplicable comportamiento de Joy le había soliviantado. Estaba ceñudo. Tubbs, apoyado al batiente de la cocina, le ofreció una taza de café, que el primer oficial rechazó.

—Todavía no lo comprende usted, ¿verdad, señor Lunceford? — preguntó.

—Eso es fácil —repuso Dan deteniéndose—. Algunas gentes escupen vilezas sólo por el gusto de hacerlo.

—No trate de encubrirlo. Usted no ha cambiado muchos afectos con nadie, ¿verdad, señor Lunceford? Ni siquiera con los niños. Me hago cargo de que habrá estado demasiado ocupado con lograr salir adelante.

—¿No tiene nada que hacer en la cocina, señor Tubbs? — preguntó Dan con impaciencia.

—De no ser así, conocería usted los celos en cuanto los viera — prosiguió el cocinero sin hacer caso.

—¿De qué está usted hablando? — exclamó Dan.

—Estoy hablando de él y del muchacho. ¿Es que no lo ve usted claro, joven? Es bastante evidente. Y no les echo la culpa a ninguno. El creyó que tenía garantizado el cariño del muchacho, como creemos todos de nuestros pequeños. Y usted está en la edad justa para que el chico pueda ver en usted un padre. Pero voy a de-

cirle algo, señor Lunceford. Usted está apropiándose de algo sobre lo cual no tiene el mejor derecho.

—No habrá estado usted bebiendo, ¿eh, señor Tubbs? — se mofó Dan.

—No, señor. No lo he estado — respondió el cocinero con dignidad.

—Entonces, permítame que le diga una cosa —anunció Dan, encarándose con él—. Yo no creo que ese viejo quiera a nadie excepto a sí mismo y al aceite de ballena. Su único interés por el muchacho radica en esa manía de las generaciones marinas de los Joy. El fué quien obligó al muchacho a frecuentar mi trato. Todo lo que yo he hecho ha sido intentar meterle el abecedario en la cabeza, pero no vaya a decirme ahora que al viejo le hubiera importado el que yo hubiese arrullado al chico todas las noches para que se durmiera.

Las venas de la frente de Tubbs se hincharon. De un manotazo, el cocinero rechazó el batiente de la cocina y de un salto se puso ante el primer oficial, temblando de pasión y de cólera.

—¿Se ha vuelto usted loco, se-

ñor? ¿Por qué cree usted que está aquí desempeñando un puesto para el que ya le faltan fuerzas? ¿Qué supone usted que le ha conducido a ello? Su cariño por el chico. Se ve a la legua. Y también veo yo algo más. Alguien va a sufrir mucho con esto, y, desde luego, no será él. No, desde luego, señor Lunceford. ¡Yo le mataría a usted primero!

Dan miró de hito en hito al excitado cocinero. Después suspiró y contestó:

—Tubbs, es usted buena persona y le supongo plenamente convencido de cuanto dice. Pero ello no significa que, necesariamente, haya de convertirse en realidad. A mí el muchacho me importa un

bledo. Y si eso es cuanto usted precisa para sentirse feliz, no puede resultar más sencillo Volveré a arrojarlo en el regazo del viejo y bien de prisa. No tengo tiempo para mezclarme en las historias sentimentales de nadie.

—No va a resultar tan sencillo como usted cree.

—¿No? — se burló Dan.

—No—afirmó Tubbs secamente.

—Buenas noches, señor Tubbs — le despidió Dan.

—Buenas noches, señor Lunceford — respondió Tubbs, entrando en la cocina.

Dan estuvo inmóvil un segundo, meditando. Después, con amargura, reanudó sus paseos.

VI

LA PRIMERA BALLENA

Dan estaba dirigiendo los cambios a que sometía a su ballenera y hablaba de paso con Sewell de lo raro que resultaba no haber hallado ninguna ballena a aquellas alturas. El mar estaba encrespado y el día era gris. Soplaban un áspero viento del Norte, que ni siquiera hacía pestañear a los curtidores tripulantes.

Al agacharse para recoger un trozo de madera, Dan oyó a sus espaldas la voz de Jed.

—¿Qué está usted haciendo, señor Lunceford? — decía el niño.

Dan soltó la madera y se encaró con él. Severamente le contestó:

—¿No tiene usted nada que estudiar, caballero?

—Sí, señor — murmuró Jed, pestañeando aturdido.

Sewell miró asombrado a Dan. Era la primera vez que le había oído emplear aquel tono. ¡Y con Jed! Dan apretó los labios y logró

no mirar hacia Jed, que se alejaba con los hombros caídos.

El exabrupto había tenido otro espectador. El capitán Joy. Cuando el primer oficial y Britton, su arponero, se disponían a lanzar la ballenera al mar, el anciano intervino intrigado.

—¿A qué vienen esos cambios, señor Lunceford?

—Necesito seis pulgadas más de superficie — aclaró Dan —, de modo que estoy modernizando el aparejo, señor. Un bichero con el garfio alto, parecido al que se usa en las Bermudas, mantendrá la vela siempre arriba y llevará el centro de presión más cercano al centro de gravedad.

—Ya caigo — afirmó Joy, sin entender una palabra—. ¿Cree que le servirá de algo?

—Aumentará sus condiciones marineras y será más rápido, señor. ★

—Ya. Que tenga éxito, señor Lunceford — gritó Joy —, o deberá indemnizar cuantas pertenencias del barco haya estropeado. Es una cosa muy extraña, pero esos botes han venido cumpliendo muy bien con su deber ante las ballenas durante muchísimos años, con centro de gravedad y sin centro de gravedad.

Dan prefirió hacerse el sordo. Joy, risueño de su sermón, regresó al puente. Jed le cortó el camino.

—¿Qué quiere decir con eso de "centro de gravedad", señor? — indagó.

—Es pura palabrería — repuso su abuelo, tras un instante.

—¡Ah, no, señor! El es muy listo. Es... — defendió Jed, que se había recobrado de su anterior disgusto.

Los ojos del capitán relampaguearon al reparar en su ardor.

—¡Centro de gravedad! ¡Centro de sandeces! — tronó el anciano.

Al mediodía, Jed pasó ante la cocina y Tubbs le encargó que llevara la comida al primer oficial. El chiquillo pensó aprovechar la oportunidad para ver si Dan había cambiado de humor. Bajó, pues, al camarote del primer oficial.

—Le traigo la comida, señor —sonrió.

—Ponla ahí —contestó Dan, sin levantar los ojos del mapa que estaba estudiando con la ayuda de una escuadra y un compás.

—Está caliente y a punto, señor —insistió Jed.

—Déjala ahí. Ya me cuidaré yo de ella.

Jed obedeció y, con un nudo en la garganta, determinó salir del camarote. Pero, sin embargo, algo le retuvo. Tenía que aclarar aquello.

—Señor Lunceford, ¿quiere escucharme? —y cuando, con un suspiro, Dan le prestó atención,

dijo:— Hice todos los ejercicios como usted dijo.

—Mira, será —exclamó Dan; y, después de una pausa, prosiguió con dureza:— Será mejor que te vayas. Tengo mucho que hacer. Daremos la lección luego, cuando disponga de tiempo.

Pasó la tarde. Mientras el capitán Joy se informaba en la enciclopedia sobre el centro de gravedad, Jed esperaba en vano que Dan acudiera a darle la lección. Cerró la noche, se distribuyeron los cuartos de guardia y los tripulantes libres de servicio se fueron a dormir.

Dan estaba haciendo su cuarto, cuando Jed se presentó ante él. El joven adivinó lo que llevaba el chiquillo allí a aquellas horas, pero preguntó, de todos modos, con severidad:

—¿Qué haces aquí fuera de tu litera?

—Señor Lunceford, si pudiera

hablar con usted un momento. ¿Yo no he hecho nada, verdad? Me refiero a que no he hecho nada para que usted se enfade conmigo.

Dan se dispuso a hablar, pero advirtió entonces que Tubbs estaba escuchando desde la cocina. Se arrepintió de su impulso y contestó:

—No sé ni de lo que me estás hablando.

—Tiene usted que decirme lo que he hecho —suplicó Jed, con los ojos llenos de lágrimas—. Usted está muy enojado conmigo por alguna cosa. Y... y... yo no haría nada que pudiera disgustarle por todo lo de este mundo. Tiene... tiene uno un amigo y, de repente, ya no se comporta como si lo fuera, y uno...

—No sé lo que pretendes con tanta charla sobre la amistad. Yo tengo que cumplir contigo un deber. Podría...

Dos gruesos lagrimones se deslizaron por las tostadas mejillas

de Jed. Dan se sintió emocionado a pesar suyo y de todas sus bala-dronadas, sacudió la cabeza y dijo en tono más suave:

—No, no me has hecho nada. Anda, mejor será que te vayas ya. Es tarde.

No tengo sueño.

—Claro que lo tienes —insistió Dan con dulzura—. Si apenas puedes mantener abiertos los párpados. Y querrás estar espabilado para cuando demos la lección mañana, ¿verdad?

—Sí, señor. Buenas noches, señor Lunceford — saludó Jed, consolado.

Una vez a solas, Dan se maldijo por su debilidad. Tenía razón Tubbs: no sería el anciano quien más sufriría. Sería él mismo. Mascullando un juramento, tocó la campana que señalaba los cuartos. Dejaría las cosas como antes. ¡Y que todos se fueran al infierno, empezando por él mismo!

Pasaron los días. Limpiaron el barco. La tripulación, soliviantada por la inactividad, peleaba entre sí. Jamás había pasado tanto tiempo sin capturar ballenas. El capitán Joy aprovechó la holganza para meterse en la cabeza una serie de reglas de hidrostática, que jamás le hubieran importado un pepino si no se hubiera tratado de parangonarse con Dan ante los ojos de Jed.

El chiquillo estaba cierta mañana en el puesto de vigía del palo mayor, al que había trepado con un anteojo. El mar estaba alborotado y las olas humedecían la cubierta del "Pride". El cielo tenía un color gris plomo.

Con la ayuda del catalejo Jed escrutaba el mar por puro entretenimiento. De pronto, percibió un chorro de agua. Insistió en mirar en aquella dirección. Una masa negra y ancha se movía con soltura entre las enormes olas.

—¡Una ballena! ¡Una ballena! —aulló—. ¡Una ballena, señor Lunceford! ¡Le juro por mi salvación que es una ballena!

Sykes, el contraestre, corroboró lo dicho por Jed. La cubierta se transformó en un torbellino: los hombres corrían de un lado para otro lanzando aullidos de alegría, buscando arpones, arriando las balleneras y poniéndose los suestes.

Jed llegó junto a Dan al mismo tiempo que su abuelo. Este, después de dirigir la maniobra, se volvió hacia su primer oficial, que desenredaba unos cables que se habían enmarañado en su ballenera.

—¿Qué pasa, señor Lunceford? ¿Tiene algún problema con el centro de gravedad?

Dan no le hizo caso. Sewell y Sykes estaban en sus embarcaciones y le esperaban para separarse del barco, impelidos por un amistoso afán de rivalidad. Las tres ba-

lleneras partieron al mismo tiempo. Dan no se apresuraba.

Jed, el capitán, Tubbs y dos marineros permanecieron en el barco, contemplando las maniobras. De pronto, la ballenera de Dan, que se había rezagado, soltó su vela y cortó el mar como un balandro.

—¡Ya los está alcanzando! ¡Miren! — chilló Jed entusiasmado.

—Hablas como si estuvieras contemplando un milagro —rezongó Joy, para quien cada exclamación de júbilo de Jed era una puñalada—. Y es hidrostática marítima elemental, ni más ni menos. Si G es el centro de gravedad, D el centro del deslizamiento y D-1 el centro de deslizamiento inclinado...

Joy peroró unos minutos docilmente, sumiendo en el asombro a Jed y a Tubbs. Este acabó por sonreír cuando el anciano se embarulló; y el nieto estaba demasiado atento a las peripecias de la captura de la ballena.

Sykes y Sewell, a quienes Dan cedió terreno, se abrieron a ambos lados del enorme animal; cambiando apuestas sobre quién lo cazaría. Dan, con gran astucia, que mereció las malhumoradas felicitacio-

nes del capitán Joy en el barco, sesgó el camino a la ballena, asustada por sus rivales.

Britton, su arponero, temblaba de excitación. Dan le retuvo, hizo forzar la barca y quedó a cuatro metros del camino por donde tenía que pasar la ballena. Cuando ésta afloró, Britton lanzó el arpón con vigor, acertando limpiamente. Con un bufido, la ballena se sumergió y tiró de la embarcación. Un cabo suelto se enredó con la cuerda del arpón, apretando a Britton por el pecho. El hombre lanzó un alarido de agonía. Y Dan cortó el calabrote. Se dejaron arrastrar, ya sin preocupaciones.

—Bueno, ya están a salvo —suspiró Joy—. Parece que nadie está malherido.

—Podría... ¿Podría prestarme los gemelos, señor? —pidió Jed.

Su abuelo vaciló un momento. Con esfuerzo, respondió:

—Está bien, muchacho.

Pasadas unas horas las balleneras llegaron arrastrando a su gigantesca presa. El estado de Britton no era grave; fué trasladado al camarote del capitán. Joy se encará con Dan y le dijo:

—Supo elegir bien, señor Lun-

ceford, y con toda rapidez. Constará en su hoja de servicios. Puede empezar a disponer las operaciones del cortado —y agregó, malicioso—: El señor Sewell se encargará muy gustoso de izar la ballena.

Dan saludó y se quedó parpadeando. El capitán era un hombre incomprensible. Se sentía halagado. Le había felicitado ante toda la tripulación. Tal vez aquello significaría el cese de las hostilidades.

La ballena fué cortada a cuadrados. Su carne fué triturada adecuadamente, hervida, licuada e introducida en los barriles. Todo el mundo estaba muy alegre. Sobre todo Jed, a quien el triunfo de Dan enorgullecía.

Cuando iba de un lado para

otro, con un cubo, por la resbaladiza cubierta, Jed patinó y cayó sentado. Los marineros lanzaron una risotada.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Con tantos estudios como has hecho no sabes andar con pies de plomo? —se burló uno.

—¿Va el señor Lunceford a enseñarte a zambullirte por la borda y atraparlas por las agallas como hizo Britton? —añadió Lem, que no comprendía la hazaña inverosímil del arponero.

—Bueno, ya veremos —repuso Jed, incorporándose—. El señor Lunceford cogerá más ballenas que ninguno de vosotros. Sabe más de ballenas que todos vosotros juntos.

VII

ANGUSTIA

El capitán Joy estaba calculando la posición del barco, cuando Dan pidió permiso para entrar en el camarote. Una vez concedido, tomó asiento en la butaca indicada por el capitán y anunció:

—Quisiera hablar con usted un minuto, señor.

—¿Sobre qué, señor Lunceford?

—Indagó suavemente el capitán.

—Sobre su nieto, señor.

—¿Qué le pasa?

—Pues que está adelantando tanto, estudios inclusive, que he pensado que tal vez sea hora de que se acerque a una ballena.

Estudió el rostro del anciano. Joy, ocultando la alegría que experimentaba —para él, aquello era renacer—, dijo con expresión impenetrable:

—Bien, señor Lunceford. Si está preparado, puede ir.

—Si damos con un grupo de ballenatos, no habrá demasiado ries-

go. En tal caso creo que podría encargarse del remo de proa.

—Bueno, señor Lunceford, que se encargue del remo de proa. ¿Algo más?

Dan titubeó un momento. Pero, recordando los elogios del capitán momentos antes, se atrevió a continuar.

—También quería decirle que mi tripulación está muy a punto y creo que haría cuanto estuviese en sus manos, señor.

—¿Y eso qué significa?

Pues, naturalmente, señor, yo pensé que usted —sonrió tímidamente y se decidió—: Bueno, quiero decir que, según la tradición y con todo el cariño que usted le tiene, supuse que le gustaría a usted que le incluyera en mi bote y que usted mismo le diera el espaldarazo de marino.

—¡Ah, ya! —exclamó el capitán levantándose de su asiento—. Se-

ñor Lunceford, si cualquier miembro de esta tripulación se encuentra a punto de recibir el bautismo de fuego en el oficio, bautícele usted. Si quiere usted incluirlo en su bote, inclúyalo. Eso es cuenta suya. ¿Está claro, señor Lunceford?

—Sí, señor — respondió secamente el joven.

Al hallarse fuera del camarote, Dan temblaba de rabia. Había querido dar un placer al anciano y había sido apaleado como a un perro. Perfectamente. Ni su nieto le interesaba. Tenía su código y no deseaba hater distinciones. Por consiguiente, él tampoco podía hacerlas, ni, menos aún, llevar a Jed en su bote, como deseaba, para que el anciano no se sintiera deprimido por sus increíbles celos.

Por lo tanto, al avistar días más tarde una ballena, detuvo a Jed, que, cargado con dos cubos miraba con anhelo y timidez hacia el punto indicado, y la ordenó que subiera al bote de Thatch.

—¿De veras voy a acompañarles, señor? — oyó el capitán Joy que exclamaba incrédulamente su nieto.

—No pierda el tiempo comentando — regañó Dan.

Thatch tomó, pues, a bordo de su ballenera al niño. Poco después las tres embarcaciones se alejaban.

Dos horas más tarde, regresaba la ballenera de Dan con su presa. Al estar a bordo el primer oficial, Joy alabó:

—¡Magnífica presa! Lo menos llegará a cien barriles.

—Nos acercamos rápidamente a ella sin separarnos demasiado del barco, señor — contó Dan—. Lo más seguro es que los otros tengan que hacer una larga caza.

—Bien, no se preocupe para nada de las operaciones del cortado, señor Lunceford — ordenó el capitán—. Parece que vamos a tener mal tiempo. Lanzaremos hacia allá el navío en cuanto haya usted asegurado su presa.

Dan hizo lo que le decían. Pasaron las horas. El cielo se entenebreció. Una espesa niebla envolvió el "Pride". Tubbs tocaba la campana para orientar a las balleneras y varios marineros agitaban antorchas.

—¡Capitán Joy! — gritó, al fin, el vigía—. ¡Bote por la banda de babor, señor!

Dan y Joy se precipitaron a la

banda mencionada. Se desanimaron al comprobar que se trataba de Sewell. Este había visto por última vez a Thatch poco antes de que cerrase la niebla, persiguiendo un magnífico ejemplar. Joy escuchó en silencio las preguntas de Dan y las respuestas de Sewell. Le había abandonado la alegría con que viera a Jed lanzarse al mar. Ordenando que disparasen cohetes y aumentaran el número de vigías, se encaminó a su camarote vencido por el temor.

Dan, horas después, estaba como sobre ascuas. El capitán no había reaparecido en cubierta; ni siquiera había cenado. Los gritos de los marineros y el tañido de la campana resonaban lúgubres. Incapaz de estar quieto, y de soportar más aquella incertidumbre, Dan se aproximó a Sewell, que procuraba horadar las tinieblas con los ojos.

—¿Sigue oyendo el bote de Sykes? — le preguntó.

—No, señor — contestó Sewell—. Desde hace ya un buen rato.

—El viejo le ordenó que no llevara la búsqueda más allá del alcance del sonido de la campana. No más de diez minutos de nave-

gación. No sé si él esperaba en serio que Sykes se aluviera a eso. Usted no lo haría si se hubiera lanzado a la búsqueda de sus compañeros. Pero llevan ya fuera mucho tiempo.

—Sí — respondió, lacónico, Sewell.

—Bueno, puede que no les haya ocurrido nada todavía.

—El señor Thatch es muy buena persona — le tranquilizó Sewell, mirándole de reojo.

—Supongo que será inútil hablarle de enviar un segundo bote.

—No lo haría. Tiene su código personal.

—Bien, pero, por una vez, podría hacer caso omiso de él — protestó Dan—. ¿Quién puede creer que se lo echaría en cara? Es su propio nieto el que está allá. ¿De qué va a servirle su código personal si le ocurre algo malo al pequeño?

—No lo sé, señor Lunceford, pero, en cambio, sé que no mandará arriar otro bote. Yo lo haría, pero tal vez en eso consista el que él sea el capitán y que yo no llegue a serlo jamás. Cuando perdimos al señor Parkinson, en el último viaje, envió un bote en su busca.

Y ahora hará exactamente igual. Y si fuera él en persona quien estuviera allá, destrozaría a cualquier hombre que se atreviera a hacer otra cosa... Tal vez sea por eso por lo que nunca ha tenido problemas con la tripulación como tantos otros tienen. Ellos saben que jamás quebrantará una regla. Un hombre no llega a ser el mejor capitán de la profesión a humo de pajas, señor Lunceford. Sí, yo arriaría otro bote, pero él no.

Dicho todo esto con vehemencia, Sewell se alejó de Dan. Este golpeó la borda con el puño. Al cabo de un rato, miró a la cámara del capitán a través del respiradero. El anciano estaba rezando con la cabeza apoyada en su escritorio.

Dan tenía muy arraigado el hábito de la disciplina, pero esta escena le decidió. Recorrió la cubierta y ordenó a Britton que reuniera la tripulación de su ballenera y que la arriara en silencio. Sewell le descubrió, desatando solo los nudos de la embarcación.

—¿Qué va usted a hacer, señor Lunceford? —protestó el segundo oficial—. ¿No irá a decirme que él le ha ordenado arriar?

—Si yo estuviera en su pellejo,

señor Sewell, me iría hacia la parte de proa cuanto me fuera posible y me quedaría allí.

—¡Por los clavos de Cristo, señor Lunceford! —exclamó Sewell, horrorizado—. ¡No pensará usted abandonar el barco sin órdenes!

—¿Cuánto tiempo puede tardar en estar listo para patronear un bote? —le atajó Dan, sonriendo.

—¿Yo? Ninguno, señor —contestó Sewell, sonriendo a su vez.

—Entonces, ¿de qué está usted hablando?... No, dejaremos un oficial a bordo, señor Sewell. Y quizá el mejor de todos.

Sewell aceptó rezongando el cumplido y se apartó de Dan cuando llegaron los tripulantes de la ballenera. La embarcación fue echada al mar con gran silencio y, un segundo después, se hundía en las tinieblas.

Bogaron por el mar sereno como una balsa de aceite. Los marineros y Dan gritaban de vez en cuando y agitaban las luces. La niebla formaba un espeso muro a cuatro metros de distancia. Por fin, descubrieron algo negro en las suaves olas.

—Un trozo de la sección de proa —reconoció Dan—. La ballena

debe de haberse revuelto contra ellos. Y, la verdad, ha hecho los pedazos harto pequeños.

Siguió la búsqueda sin desanimarse. Mientras tanto, Sykes había llegado al "Pride" e informaba que no había señal de los naufragos. El capitán Joy sacudió su leonina cabeza y preguntó:

—¿Vió usted el bote del señor Lunceford?

—No, señor.

Agarrados a los restos de la ballenera de Thatch, los tripulantes de la misma flotaban ateridos y sin fuerzas. Jed, que se hallaba junto al contramaestre, indagó:

—¿Cuánto tardará en amanecer, señor Thatch?

—Faltarán unas tres horas para el alba, Jed.

—Puede que la luz del día levante la niebla, ¿verdad?

—Puede, muchacho; puede que sí —respondió Thatch con acento que demostraba lo escaso de sus esperanzas.

En aquel preciso instante se le antojó oír un grito. Rogó a todos que escuchasen. Lejano, se vislumbró un resplandor. Sonó un grito. La luz se aproximó a los naufragos. Dan tornó a gritar.

—¡Es el señor Lunceford! —chilló Jed, comenzando a nadar hacia sus salvadores.

La niebla se había disipado, y ya había amanecido, cuando los tripulantes de la ballenera de Dan arribaron al "Pride". Joy murmuró una oración de acción de gracias al ver a su nieto dormido en brazos de Dan. Ayudaron a subir a los derrengados naufragos. El capitán ordenó repartir unas botellas de ron y mandó a todos que se fueran a descansar.

Al mediodía, Dan entraba en el camarote del primero de a bordo. Joy se levantó al verle y dijo lisa y llanamente:

—Ante todo, señor Lunceford, como hombre le estoy agradecido más allá de toda medida por lo que acaba de hacer.

—Me alegro de haber tenido suerte, señor —murmuró Dan.

—No tengo palabras para expresarle mi gratitud —repitió Joy, mirándole a los ojos—. Pero, al hacer lo que hizo, despreció mi autoridad. Y arriesgó la seguridad de este buque y de toda su tripulación de las cuales soy enteramente responsable. ¿No se le pasó.

por la imaginación que estaba violando mi autoridad?

—En ningún momento, señor — respondió Dan, mintiendo a sabiendas para descargo del capitán.

Este carraspeó, contempló apenado sus nudosos dedos y continuó:

—Señor Lunceford, a partir de hoy queda usted relevado de todo servicio. Continuaremos pescando ballenas hasta que precisemos tocar en puerto para revituallarnos, probablemente en Valparaíso. Allí será usted puesto en tierra. Entre-

tanto, puede usted continuar en el camarote del primer oficial y moverse con libertad por el barco.

—Gracias, señor.

—Eso es todo, señor Lunceford —despidió Joy—. Señor Lunceford, quiero que sepa que esta decisión que me veo obligado a tomar contra usted no me causa ningún placer.

—No pienso debatir esa cuestión, señor — sonrió Dan.

Y los dos hombres se estrecharon la mano con calor.

VIII

ABUELO Y NIETO

Dan estaba tumbado en el bauprés, entretenido en contemplar el jugueteo de los delfines y de las marsopas, que competían, dando saltos, en velocidad con el barco. Lucía un sol espléndido y disfrutaba de él. No le preocupaba el futuro. Había cumplido su deber.

—Señor Lunceford...

Jed estaba ante él. Dan se incorporó sobre un codo y le indicó que se sentara a su lado. El chiquillo estaba preocupado; era evidente.

—¿Cómo estás?

—Usted es quien tiene que decirme —exclamó Jed—. Todo el mundo ha empezado a hablar la mar de cosas. Tiene usted que decirme si son verdad, señor Lunceford.

—¡Bah! En un barco siempre se habla demasiado, Jed.

—Pero es que usted no está haciendo nada. Me refiero al servicio. Se pasa el día aquí sentado.

—Bien, ¿y qué tiene eso de par-

ticular? —preguntó Dan, tratando de distraerle—. ¡Por una vez que tengo la ocasión de contemplar el paisaje! Admiro las marsopas. Antes nunca tuve tiempo.

—De modo que lo hizo, ¿eh? —gritó Jed, con los ojos relampagueantes—. Le separó a usted del servicio y va a dejarlo en tierra, ¿verdad?... ¿Quiere enterarse de todo lo que he aprendido? He estudiado con mis cinco sentidos como usted me dijo.

Dan hizo un vago ademán de pereza.

—Me parece que ése era uno de mis servicios, si mal no recuerdo.

Esto, el ver rechazada su afición al estudio, sacó a Jed de sus casillas.

—Pero, ¿qué va a pasar ahora? —se desesperó—. Puede que pierda usted su licencia de capitán y sólo por haber ido a buscarme a mí, al señor Thatch y a los demás. El no tiene derecho a...

—¿Quién dice que no lo tiene? El es el amo, ¿no? A él no le ha complacido nada el tener que hacerlo, pero tiene su código moral y ha de vivir dentro de él. A estas alturas ya debías tener eso bien metido en la cabeza.

—Pero ha sido por culpa mía. ¡El no tiene derecho a hacerlo!

Dan, de pronto, pensando en su carrera frustrada, gritó:

—Con derecho o sin él, capitán o grumete, ¿por qué tenía yo que entrometerme entre tú y él en primer lugar? ¿Entre él y su centrada ética, y tú y tu crecimiento? Todo ello constituye tu carrera — se arrepintió de su arranque y aseguró:— No, no quise decir eso. Vuelve a tu trabajo, marinero, y olvida este incidente. Anda, vuelve a tus tareas.

Pero Jed no le obedeció. Se dirigió en derecha del puente de mando donde Sewell montaba guardia y le anunció secamente:

—Solicito permiso para ver al capitán, señor.

—¿Para qué quiere verle usted?

—Es un asunto personal, señor.

Sewell barruntó de qué se trataba y quiso impedirlo.

—¿No considera usted conve-

niente hablar primero de ello conmigo?

—No, señor. Es personal.

—Está bien. Venga.

El capitán Joy leía, cuando el segundo oficial le anunció la visita de un marinero. Al ver a su nieto, y al fijarse en su palidez, el capitán presumió que iba a pasar un mal cuarto de hora. Jed esperó, rígido, a que le dirigiera la palabra.

—Supongo que será muy importante lo que tenga que decirme.

—Sí, señor — contestó Jed con sequedad.

—Las cosas importantes requieren ser meditadas a fondo — le avisó su abuelo, cerrando el libro—. ¿Lo ha pensado usted todo bien?

—Sí, señor.

—Pues, siendo tan importante — recalcó el anciano—, usted y yo tenemos razones especiales para tratar el asunto de hombre a hombre.

—Yo he venido a hablar con usted en su calidad de capitán de barco, señor.

—Bien, hable, señor Joy.

Jed comunicó sin vacilar:

—Señor, deseo quedarme en tierra en el próximo puerto en que

toquemos, el cual, según tengo entendido, será Valparaíso.

El abuelo acusó el golpe. Reflexionó un momento; luego, dijo:

—Ya. ¿Está usted seguro de que es eso lo que desea?

—Sí, señor.

La mano del anciano tembló al atusarse la barba.

—Desde luego es mi obligación preguntarle qué quejas tiene usted contra... contra este barco.

—Yo... prefiero no decírlas, señor.

La firmeza de su nieto le enrojeció el semblante de cólera. Sólo un chiquillo, con la crueldad peculiar de sus cortos años, hubiera pasado por alto la agonía del anciano, cuyo amor se veía desbandado por el deber. El capitán Joy tronó:

—Cuando era usted un niño, yo solía hablarle como tal, pero ahora ha escogido usted que le hable como a un hombre, así es que le hablaré como a un hombre... Lo que hizo el señor Lunceford fué un error, no importa las razones que tuviera. Por lo tanto, yo le he separado del servicio y le dejaré en tierra. Es lo menos que yo es-

peraría de usted cuando usted tome el mando de este navío. El barco viene a resultar la medida de la propia vida del capitán. Y a menos que sea usted lo suficientemente hombre para aceptarle como debe ser, con limpieza y justicia, usted no será lo bastante viril para llegar a ser capitán de este buque. Si usted lo ve de otro modo, entonces habré estado criando a un muchacho que no sirve.

—¡Limpieza y justicia! — gritó Jed con desprecio avasallador. ¡Es lo único que le preocupa! Pues si tiene que ser de ese modo, ¿a quién puede interesarle llegar a ser capitán? El fué a buscarme. Y usted no lo hizo. ¡A usted no le importa más que este podrido madero!... Pues bien, yo no quiero permanecer en él... Ni a su lado tampoco. ¡Me voy a tierra!

La diestra de Joy golpeó con fuerza la cara de su nieto. El capitán se arrepintió instantáneamente de su arranque; se quedó horrorizado. Jed no pareció haber sentido el golpe más que por las lágrimas que asomaron a sus ojos. Con acento frío, exclamó:

—Si es eso todo, señor, desearía solicitar permiso para informar de ello más adelante.

—Concedido — replicó Joy, y dijo a su nieto, cuando éste se hallaba ya en la puerta—: Un momento. Le he golpeado llevado por

la ira. Tiene usted derecho a presentar cargos contra mí. Pero, antes, quiero que sepa que no fué ira contra usted, sino contra mí mismo. He fracasado en la tarea de convertirle en el hombre que esperaba... Ya puede retirarse.

IX

¡HIELO!

El "Pride", rumbo al Cabo de Hornos, encontró los primeros hielos australes. Todas las ballenas estaban ocupadas en la captura de los grandes mamíferos marinos.

Como Dan había sido retirado del servicio, el hueco por él dejado tenía que llenarse de algún modo y el capitán Joy se hizo cargo de ello. El esfuerzo que sometía a su cuerpo no era el más conveniente para una persona de su edad, pero el anciano corría el riesgo tanto por cumplir su deber como por desprecio a la existencia desde el momento de su disputa con Jed.

Cierto día, Britton subió a bordo y comunicó a Tubbs la necesidad de transportar al capitán a bordo. Le echaron una eslinga, y entre dos marineros le mantuvieron en vilo. Rechazando el café que Tubbs le ofrecía, se hizo trasladar a su camarote.

—Ha cazado en persona otra ballena, ¿verdad? — comentó el cocinero al pasar junto a Jed.

—Sí, ha cazado él mismo otra ballena — repitió el chiquillo con indiferencia.

Dan, admirado por el vigor del anciano, y para animar al cocinero, dijo:

—Ninguna de ellas parece haberle debilitado en nada.

—¿Debilitarle? — rió el cocinero—. Eso no entra en la sangre de los Joy, señor Lunceford. Bueno, supongo que será mejor que le lleve la cena. Y me la echará encima, desde luego. Si le llevo caldo, me dirá que es para lavar el intestino; si le llevo platos fuertes, no se los come — y agregó en voz baja—: Tengo miedo, señor Lunceford. Tenía que haberle visto cuando llegó a bordo.

—Le vi. Pero no empezaré a preocuparme por él hasta el día en que deje de meterse con usted.

Un segundo más tarde, el cocinero veía rechazado su caldo. El capitán yacía en su cama, respirando con dificultad y con los largos brazos descansando sobre su cuerpo. De pronto ordenó a Tubbs que llamase a Dan.

Este entraba poco después en el camarote. Se contristó al reparar en la extenuación del anciano. Carraspeó y el capitán abrió los ojos.

—¿Quería verme, señor?

—Eso ya lo he hecho, señor Lunceford — refunfuñó Joy—. Pero parece que su hora aquí ha llegado al fin.

—¿A qué se refiere, señor?

—Si no recuerdo mal, usted tiene licencia de capitán. Espero que esté en toda regla, porque, a partir de hoy, tomará usted el mando de este barco. Yo estoy demasiado enfermo para continuar desempeñándolo. Bueno, joven, ya tiene usted su barco.

—Sí, señor — repuso Dan, irguiéndose—. Entonces, la primera cosa que haremos será regresar a Montevideo en busca de un médico.

—Usted continuará pescando ballenas, señor Lunceford — ru-

gió Joy—. Ningún recetapíldoras sudamericano podrá hacerme ningún bien. Saldré de aquí dentro de diez minutos y entonces podrá usted trasladarse.

—¡Oh, no! No hay necesidad de tanto, señor. Puedo quedarme donde estoy.

—¿Que el capitán no va a ocupar el camarote del capitán? — tronó el anciano, tratando de incorporarse; pero Dan le retuvo—. ¿Dónde aprendió usted eso, señor Lunceford?... Bueno, des... descansaré aquí unos minutos. La cama gusta mucho a mi edad... Yo nací en este lecho en el mar de Bering. De ahí me vino el nombre. Apuesto a que no lo sabía usted. Mi padre se llevó consigo a mi madre en su primer viaje, después de casados. El único viaje que logró hacer con él y supongo que por causa mía. Ahora que... mediana jugarreta se le hace a un muchacho endilgándole semejante nombrecito... Bueno, descansaré aquí unos momentos.

Dan se marchó y unos minutos después penetraba de nuevo en el camarote del capitán, acompañado de Tubbs y de un marinero. El

capitán salió de su soñolencia al oírles entrar.

—¿Qué desea usted? — preguntó a Dan, echando un suspicaz vistazo al grupo.

—Desabróchese la camisa, por favor — respondió Dan.

—No tengo la intención de hacer semejante tontería.

—Escúcheme. Entra dentro de las obligaciones de un capitán de barco el examinar el estado físico de todo miembro de la tripulación y el proporcionar la asistencia médica adecuada si llegara el caso. Artículo siete.

—El párrafo más idiota de la Carta de Navegantes — bufó Joy, cediendo, sin embargo—. ¿Qué derecho tiene usted a andar jugando con un cuerpo humano?

—Yo, no, sino Blair, aquí presente. Ha cursado un año en la Facultad de Medicina.

—Me parece que por aquí hay más estudiantes que ballenas — gruñó Joy—. Si por lo menos pudiésemos extraer aceite de sus libros de texto...

El diagnóstico de Blair fué que el anciano estaba muy grave. Dan no titubeó ni un momento. Ordenó al timonel que variara el rumbo

poco a poco, para que el enfermo no notara el cambio. Había que forzar la marcha hacia Montevideo, a pesar de los hielos. Sewell, Tubbs y Thatch aprobaron las órdenes del joven, pero el último le hizo notar:

—Pero ¿y su compás, señor? El que tiene al lado de la cama. Es lo primero que mira por las mañanas.

Diciendo que ya había pensado en ello, Dan clavó los ojos en el cocinero. Tubbs, al sentirse asustado por tres pares de firmes pupilas, se encogió gimiendo:

—¡Ah, no, señor! ¡Eso no! ¿Usted pretende que yo vaya allí dentro y haga trizas su compás? No sabe usted lo que está pidiendo.

Pero hubo de hacerlo.

Jed había observado las idas y vueltas, y los cabildeos de los oficiales de a bordo. Y había notado asimismo el cambio de rumbo del barco. Y estaba asustado. Haciendo de tripas corazón, optó por presentarse a Dan, que se paseaba inquieto.

—Todos dicen que está muy mal — murmuró el chiquillo—. ¿Cómo está de grave, señor Lunceford?

—Me temo que lo esté mucho.

—He estado pensando... ¿qué cree usted que debo hacer?

—¿Qué deseas hacer? — puntualizó Dan.

—Pues yo... pensé que debería verle — balbució Jed.

—Bueno — aprobó Dan—. ¿Y qué le vas a decir?

—Quisiera decirle que siento mucho que esté enfermo — contestó el chiquillo, tras meditar la cuestión.

Dan posó una mano en su hombro y le obligó a mirarle de frente.

—Eso no es suficiente, Jed... Yo... yo espero que sabrás encontrar algo mejor—Dan se aclaró la garganta y prosiguió—: Mira, Jed. Tú crees que él se ha portado mal con nosotros. Pero su diario dice muchas cosas y cosas importantes. Dice que él mismo se consideró relevado de todo servicio en el mismo instante en que me relevó a mí, y también dice que, lo que constituye los derechos del barco, está por encima de él mismo, de ti, de mí o de cualquiera.

Dan hizo una pausa y añadió:

—Hace falta ser un hombre muy duro para poder vivir así,

Jed. Para colocar lo que es justo o injusto por encima de los propios sentimientos. Pero es lo que se necesita para ser un capitán, para vivir sin el menor reproche. Y ello no es sólo dureza, Jed; eso es calidad.

—Comprendo que es un buen ballenero, señor, pero...

—¡No, no! — protestó Dan apasionadamente—. El es mucho más que eso. Es más hombre de lo que tú y yo podríamos esperar nunca llegar a ser. Y si... si tú fueras mi propio hijo, no desearía otra cosa sino que fueras allí mismo ahora y se lo dijeras antes de que fuera demasiado tarde.

—Pero eso sería darle la razón en vez de a usted, después de todo lo que usted hizo—objetó Jed, obstinado—. Usted es el único que ha sido mi amigo.

—¡Jed!—suplicó Dan.

—No se puede decir lo que no se siente, cuando se tiene afecto a alguien como...—Jed se mordió la lengua—. Por favor, señor, ¿me puedo retirar ya?

Dan comprendió que el daño era irreparable. El no podía forzar a Jed. El chiquillo estaba ávido de cariño y él le había dado una

oportunidad de depositarlo en su propia persona.

—Está bien. Anda.

Aparte de este problema sentimental, Dan tenía otros en perspectiva. El "Pride" había entrado en un campo de hielos flotantes de enormes dimensiones. Como las nieblas eran constantes, se debía estar perfectamente alerta. Los icebergs se movían con rapidez casi fulminante. El frío era intensísimo, a pesar de lo cual fué preciso doblar las guardias y mantener el barco a la mayor velocidad posible.

Slush Tubbs tuvo cierta dificultad en despertar al capitán Joy a la mañana siguiente, cuando le entró el desayuno. El anciano le miró como si no le reconociera, pero, inmediatamente, recobró su agilidad mental. Regañó acerca del desayuno.

—¿Durmió bien? — inquirió el cocinero.

—No demasiado. ¿Tratando de capear el mal tiempo?

—Sí, señor—repuso Tubbs, seriándose junto a él—. El barómetro ha bajado algo... Será mejor que se tome esto ahora.

El anciano comió de mala gana. De repente exclamó:

—¿Sabe una cosa, Slush? Lo peor del hombre es que es tonto. Por ejemplo, ese joven señor Lunceford... Yo no tenía la menor idea de que fué la mano de la Providencia quien lo puso a bordo.

—¿La Providencia? — tartamudeó Tubbs, sin entender.

—Bueno, lo que quiero decir es... que está en edad de luchar. El señor Lunceford significa para un muchacho el crecer al lado de alguien muy parecido a su padre. El tiene afecto por el chico. Fué a buscarlo aquella noche, ¿no? Si uno ha de creer en algo como... bueno, la Providencia, no tiene más remedio que convencerse de que ha sido ella quien lo ha dispuesto así. ¿verdad?

Tubbs comprendió al fin. El capitán Joy se atormentaba por la obstinación de su nieto en no preocuparse o interesarse por él, y creía que Jed le había olvidado al depositar todo su afecto en Dan.

—Escuche, capitán — replicó Tubbs—. No ha ocurrido nada de eso. El vendrá a verle aquí. Dele un poco de tiempo. Sólo se trata

de testarudez y orgullo. Muy natural que lleve eso en la masa de la sangre, como diría usted... El muchacho vendrá.

Joy sonrió como el niño a quien anuncian una buena noticia. Se sintió inmensamente consolado. ¡Claro! ¡Tubbs tenía razón! El cocinero aprovechó su cambio de humor para preguntar:

—¿No quiere comer nada, capitán? ¿Quiere que le prepare alguna otra cosilla?

—Desde luego, esta mañana me siento mucho mejor—resopló Joy. —Estoy dispuesto a engullir cualquier especie de potingue que consiga usted guisotear.

En cubierta, en cambio, la situación había empeorado. La niebla era tan densa como el algodón. El barco avanzaba lentamente. Sewell y Dan iban al timón, todos los hombres estaban en sus puestos, prestos a obedecer en un santiamén cualquier orden, y Jed y Thatch se hallaban en la proa. El primero tocaba un cuerno y el segundo gritaba cada dos segundos.

De pronto, los tañidos y los gritos obtuvieron eco. Sonó hacia estribor. Completamente desorientados, Sewell y Dan se aferraron al

timón. Jed y Thatch se agazaparon. Súbitamente, la niebla se desgarró dando vista a un iceberg del tamaño del navío.

Frenéticamente, Dan y Sewell hicieron girar el timón. El barco se encabritó. Orzó, orzó tumbándose sobre un costado. El iceberg continuó aproximándose. El bauprés pareció dispuesto a hincarse en él...

Con un ligero chapoteo, la masa de hielo pasó a un metro de distancia.

—¡Por los pelos! —suspiró Thatch y su voz sonó tensa en la niebla.

—Déjelo ir—ordenó Dan a Sewell, refiriéndose al timón—. Seguimos teniendo suerte. Salimos de la niebla justo a tiempo.

Navegaron unos minutos a la luz del sol. Todos los músculos se relajaron. El "Pride" recobró su rumbo normal con la alegre velocidad de un corcel libre de las trabas.

Después... Fue como si la noche sobreviniera de pronto. La niebla tornó a apresar el barco. Dan y Sewell empuñaron a la vez el timón, y Jed y Thatch reanudaron sus sonidos de prueba.

¡Y un iceberg de colosales dimensiones, comparable a una montaña, devolvió el eco!

¡Estaba demasiado próximo! Jed y Thatch se aplastaron en la proa. Dan y Sewell dieron frenéticamente vueltas y más vueltas al timón. Pero era tarde. Las dimensiones del hielo excedían a lo calculado. Con un pavoroso chasquido, el "Pride" se estrelló contra uno de los bordes de la masa.

Jed y Thatch salieron indemnes de la colisión. El bauprés se astilló como si fuera un mondadien-tes. La nave se estremeció, zozobró y recobró el equilibrio. Dan y Sewell se pusieron de pie y corrieron hacia el lugar del choque.

—Hay una capa de hielo ahí abajo—comunicó Dan, tras estudiar la situación—. La avería está bajo la línea de flotación, pero nos encontramos sobre una capa de hielo. Thatch, envíe a los hombres a las bombas.

El aludido voló a desempeñar el encargo. El barco daba bandazos contra el hielo y el boquete crecía de tamaño por momentos. Dan llamó a Britton y a Manchester, y saltó por la borda, agarrado a un cable, aprovechando un momento

en que el navío se apartó del iceberg. Los marineros le siguieron.

Ante todo, era necesario impedir que el "Pride" se deslizase y quedase en aguas libres. Sewell, a una indicación de Dan, arrojó arena y echó grapas de plomo.

Pero esta precaución no sirvió de nada. El buque seguía agitando. Dan y los dos marineros corrían el riesgo de verse aplastados. Jed, con el corazón encogido, observaba el heroico esfuerzo de los tres hombres. Para hacer el taponamiento, les lanzaron dos gruesas telas impermeables, que debían hacer pasar por encima del boquete y por debajo del barco, que continuaba patinando.

La tarea era improba. El agua continuaba entrando a raudales en la embarcación y, al aumentar su peso, hundía la línea de flotación. De pronto, Britton lanzó un alarido y quedó inerte. Dan ordenó a Manchester que subiera a bordo y nadó hacia el marinero exánime. Y una ola le lanzó contra el hielo, en el momento en que el barco chocaba contra él...

Cuando Dan se encontró en el barco, Sewell y Blair reconocieron su brazo izquierdo. Se le había

roto limpiamente. Dan miró hacia Britton. Estaba envuelto en una lona mojada.

—Ha muerto, señor — le anunció Blair—. Completamente aplastado.

—Ocupe usted mi puesto, señor Sewell — ordenó Dan—. Y que Thatch se lleve a Sykes y a Rumley. Allá abajo sólo pueden trabajar tres.

—No sé si querrán ir—repuso Sewell—. El señor Thatch puede que sí. Pero no sé lo que harán los demás. Casi todos ellos creen que lo más seguro es que no sirva

de nada. Y como último recurso siempre queda la solución de los botes.

Thatch, despavorido, al ver que el barco continuaba cargando agua, salió de la bodega seguido de los marineros que trabajaban en las bombas y aulló que se dispusieran a arriar los botes. Dan se incorporó rabioso. Pero antes de que pudiese hablar, una voz burlona y autoritaria trono:

—Tan mal andan las cosas, ¿eh? Bueno, no empeorarán si le echo un vistazo, señor Thatch.

Era el capitán Bering Joy. Y andaba con la firmeza de un joven.

X

EL CAPITAN BERING JOY

La presencia del capitán calmó los ánimos. Todos ocuparon sus puestos. El anciano pasó junto a Dan y le dijo irónicamente:

—A veces resulta duro mandar en un puente, joven.

Dan y Jed le siguieron como hipnotizados. El capitán Joy estudió el iceberg y la situación del barco. De pronto, empezó a disparar órdenes con la rapidez de una ametralladora. Sus hombres, electrizados, las obedecían con rapidez.

Envío a Thatch y a dos marineros al lugar donde había muerto Britton. Mandó aflojar las grapas de plomo para que el buque tuviera más juego e hizo, cuando patinó el barco, taponar el boquete, deslizándolo los cabos por debajo del casco. Finalmente, ordenó que le preparasen una eslinga, se sentó en ella y se dejó caer fuera del "Pride".

Los que miraban desde la cubierta, le veían esquivar con una mano el hielo a cada bandazo, mientras rugía órdenes. En más de dos ocasiones pareció que su corpachón iba a ser laminado, pero salió sano y salvo del choque.

Por último, dió la voz de que le subieran. El desperfecto había quedado arreglado.

Jed, que, admirado y arrepentido, había presenciado la valentía y el alarde de energía del anciano, al subir lanzó un alarido:

—¡Abuelo!

La borda, al chocar contra el hielo, había cortado como un cuchillo uno de los cables de la eslinga. Por puro milagro, Joy consiguió mantenerse a flote. Reclamó un bichero y, asiéndose de él, subió a bordo.

Cuando el "Pride" navegó por mar libre, Jed se dirigió tímidamente a la puerta del camarote de

su abuelo. Dan la abrió y preguntó en voz baja:

—¿Querías verle?

—Sí, señor. Si puedo conseguir el permiso, señor.

Dan se lo concedió y se retiró acompañado de Blair. Jed avanzó lentamente hacia su abuelo, que jadeaba en su lecho, con los ojos cerrados y una suave expresión en el rostro. Volvió la cabeza al oír el roce de los pies de su nieto.

—¿Se encuentra usted más aliviado, señor? — murmuró Jed.

—¡Oh, sí!... Bastante, si ya no tengo que levantarme más para ayudar a los jóvenes a salir de los atolladeros en que se meten—hizo una pausa e inquirió, luego, con voz ronca—: ¿Usted... usted quería hablarme?

—Sí, señor — respondió Jed, adelantándose un poco más—. El señor Thatch me ha rogado que le presente sus respetos, señor.

—Ya me han dicho que el señor Thatch no va a poder resistirlo—gruñó el anciano.

—No, señor. Tiene pulmonía, según asegura el señor Blair.

—Todo un hombre el señor Thatch. Lo mismo que Britton...

Ambos muy buenas personas — y, carraspeando, Joy continuó—: El señor Thatch me dijo que aquella noche en que su bote fué destrozado, usted se había portado como un valiente.

—Sí, señor. Bueno, es decir...

—¿Algo más?

—Sí, señor — contestó Jed, tragando con dificultad—. Quería decirle... que retiro mi petición de quedarme en tierra. Me refiero a que puede que ahora haya visto por qué se tiene que ser así cuando uno es capitán. Mejor dicho, yo...

—¿Qué estás intentando decir, muchacho? — exclamó el capitán, con una nota gloriosa en la voz.

Jed no se pudo contener. Se arrojó a sus brazos sollozando:

—¡Oh, abuelo!

Una hora después, Dan le vió salir poco a poco del camarote. El chiquillo tenía el rostro cubierto de lágrimas. Dan le pasó su brazo sano por el hombro y le dió unas palmadas.

—Señor Lunceford, le he contado lo de aquella ballena, cuando destrozó nuestro bote. Quería sa-

ber todos los detalles, según me dijo. Y después no me contestó más.

—Está bien, Jed — le consoló Dan, apretándole contra su ancho pecho—. Pero te oyó.

* * *

El cadáver del capitán Bering Joy, nacido y muerto en el "Pride", fué lanzado al mar una hermosa mañana invernal.

Unos meses más tarde, de regreso al puerto de procedencia, el "Pride" se cruzó con otro buque norteamericano. Jed y Dan estaban dando la lección. Se pusieron de pie y miraron el navío.

—Según parece es el "Molly B", de Boston—declaró Dan.

—¿Sabe lo que decía el abuelito de los barcos de Boston? — rió Jed—. Los llamaba gabarras averiadas de dársena y aseguraba que estaban llenos de bacalao, truchas y besugos.

—¡Oiga usted! — protestó Dan.

—¡Que soy de Boston, caballero!

—Pero ya no lo será más, ¿verdad? El dijo también que, si embarcaba otra vez en el "Pride", usted se convertiría en un hombre de Bedford. Y añadió que le gustaría vivir en nuestra casa y cuidarse de ella.

Dan comprendió el mensaje. El capitán Joy le hacía responsable de Jed y de su herencia.

—¡Ah!, ¿sí?—exclamó burlón.

—Y lo hará, ¿verdad, señor Lunceford? — preguntó Jed anhelante.

—Vaya. Parece que eso ha sido una orden — murmuró Dan, rodeando el chiquillo con su brazo.

—Y también habló de que nos

E L D E M O N I O D E L M A R

llevaríamos sus libros de texto e intentaríamos derribar su "record".

—Bueno, le diré una cosa sobre eso — repuso Dan, meneando la cabeza—. Lo intentaremos, señor mío, el próximo viaje y al otro, y al siguiente. Lo intentaremos. Pero cuándo consigamos derribarlo, sí que no lo sé, muchacho.

Jed y Dan se sintieron inundados por la dicha de no separarse. No hablaron. El "Mary B." pasó

rozándoles. Alguien gritó desde él:

—¡Ah del barco! ¿Qué barco son ustedes?

—El "Pride", de New Bedford— contestó Dan, haciendo bocina con las manos—. Con ciento ochenta días fuera de puerto.

—¿Quién es el jefe a bordo?

Los ojos de Jed y de Dan se encontraron. El joven leyó una súplica en los del chiquillo.

Sin vacilar, voceó:

—¡El capitán Bering Joy!

FIN



Cubierta T. G. J. SOLER
Providencia, 60 - Barcelona